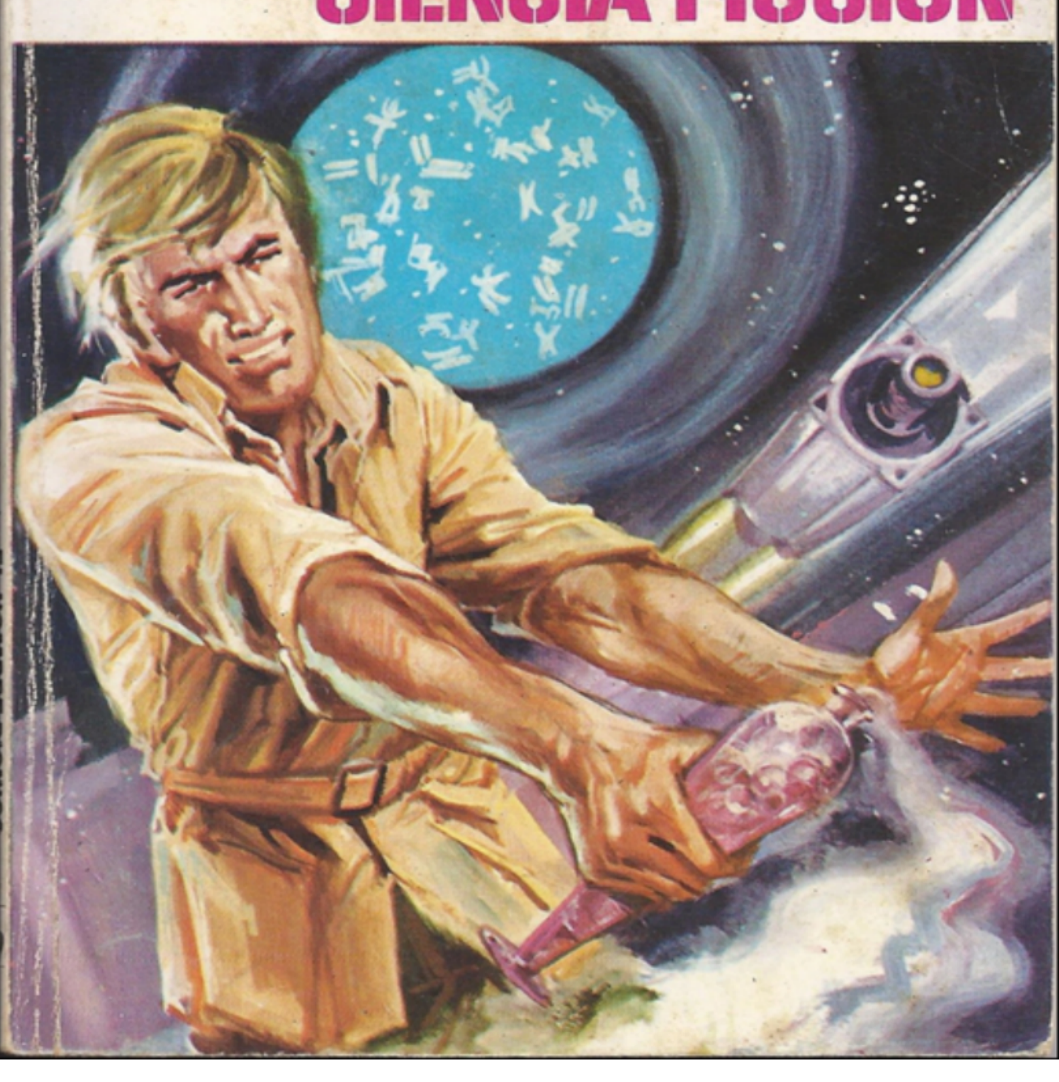
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

EL HOMBRE BIONICO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





EL HOMBRE BIONICO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

478 – La diosa terrestre de Glaxo, *Joseph Berna*.

479 – Enemigos ocultos, *A. Thorkent*.

480 – La máquina imposible, *Glenn Parrish*.

481 – Los apátridas, *Clark Carrados*.

482 – El gángster de la galaxia, *Ralph Barby*.

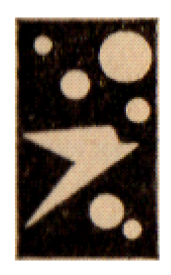
CURTIS GARLAND

EL HOMBRE BIÓNICO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 483

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.914 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

¿Ciencia ficción? ¿Solamente eso? Ya en la actualidad, la biónico ha logrado auténticos milagros en el ser humano. Y eso que no todos se han llegado a hacer públicos por determinadas razones.

De modo que en un inmediato futuro, ¿por qué no llegar a esto?

Sí, ¿por qué no?

Ben Maddox no podía esperar la muerte aquel día.

Ni nadie podía esperar que Ben Maddox hubiera sido señalado por el destino para morir en esa fecha. Quizás por ello sorprendió tanto a quienes le conocían, la noticia del atentado terrorista de que fue víctima junto a otros tres hombres.

Las primeras noticias no dejaron ya lugar a duda alguna: había cuatro víctimas seguras. Cuatro muertos por causa del atentado referido, cuyos autores habían logrado escapar, pese a las medidas policiales adoptadas inmediatamente.

Luego, circularon rumores de que existía algún superviviente, de que uno de los dados por muertos, cuando menos, aún no era cadáver y se debatía entre la vida y la muerte. Pero la noticia resultaba difícil de confirmar, porque las medidas extremas de seguridad establecidas, no permitían filtraciones de información concreta alguna.

La Prensa solicitó informes del Servicio de Inteligencia Militar, de la policía y del Gobierno, pero todos los que recibió resultaban igualmente confusos en ciertos aspectos.

Aludían, ciertamente, a .varias muertes provocadas por la explosión de un artefacto sofisticado y potente, situado en el jeep militar que conducía a los cuatro hombres a la base espacial de Cabo Cañaveral, en. Florida, desde las oficinas federales en Miami. Pero se negaban a especificar el número concreto de victimas, e incluso dejaban entrever que alguno o algunos de los afectados en el criminal atentado terrorista, aún estaban con vida y sometidos á tratamiento médico para intentar salvarles de la muerte. Eso era todo. Nada más se añadía al breve y ambiguo comunicado oficial, respaldado por fuentes solventes de la Oficina Federal de! Ejército, así como de la propia NASA.

La realidad de los acontecimientos, tras el atentado propiamente dicho, sólo las personas de mayor confianza dentro de los organismos oficiales podían conocerla y compartirla. Desde el mismo momento de producirse la explosión que destrozó virtualmente el jeep y los cuerpos de los ocupantes del mismo, el caso pasó a ser estricto top secret. Como ya lo era la causa del viaje de los cuatro personajes a Cabo Cañaveral. Y la naturaleza de! trabajo que habitualmente llevaban a cabo personas como Ben Maddox.

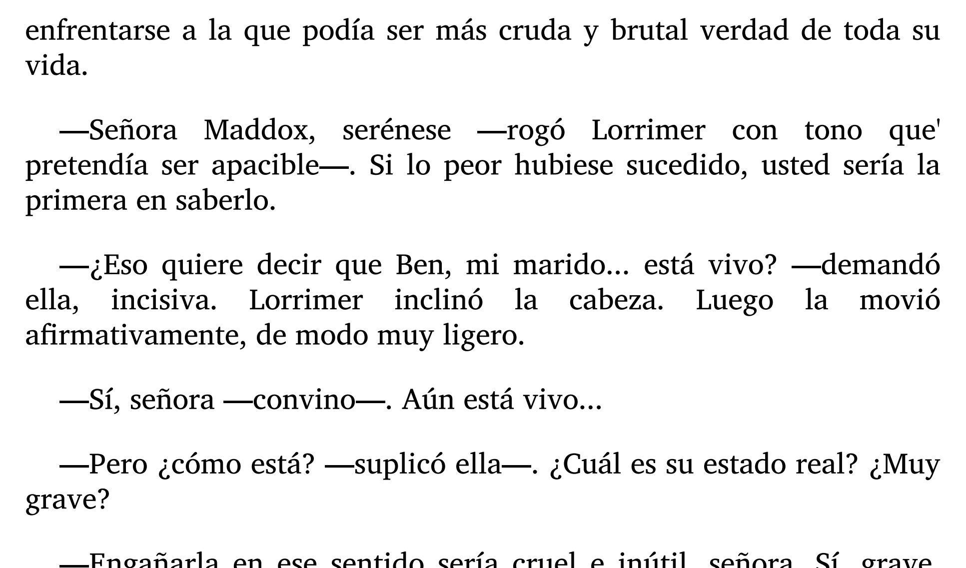
Trabajo que, a veces, ni siquiera sus más allegados familiares conocían con exactitud. En el caso de Ben Maddox, esas personas eran su esposa, Karin, y su mejor amigo, Shelby Marlowe, columnista del Miami Post y comentarista de la estación de TV de Miami Beach.

En este caso concreto, cuando estaba en juego la vida o la muerte de Ben Maddox, tampoco ellos sabían gran cosa de su suerte actual, pese a ese grado de confianza o de relación íntima con la víctima...

* * *

—¡Tengo que saber lo que le ocurre a mi esposo! ¡Ben es mi marido, no un extraño! ¿Es que no se dan cuenta? ¿Es esto justo? ¿Hay derecho a negar la más elemental información a una mujer que desconoce la suerte que haya podido correr su esposo en un brutal y cobarde atentado como éste?

Kelly Lorrimer contempló sombríamente a su interlocutora. Karin Maddox no mostraba huellas de llanto, salvo en el tono rojizo de sus ojos fatigados. Ahora, una expresión combativa, casi de agresividad, daba a su bello rostro juvenil una fuerza casi telúrica, al tener que



enfrentarse a la que podía ser más cruda y brutal verdad de toda su vida.

—Señora Maddox, serénese —rogó Lorrimer con tono que' pretendía ser apacible—. Si lo peor hubiese sucedido, usted sería la primera en saberlo.

—¿Eso quiere decir que Ben, mi marido… está vivo? —demandó ella, incisiva. Lorrimer inclinó la cabeza. Luego la movió afirmativamente, de modo muy ligero.

—Sí, señora —convino—. Aún está vivo…

—Pero ¿cómo está? —suplicó ella—. ¿Cuál es su estado real? ¿Muy grave?

—Engañarla en ese sentido sería cruel e inútil, señora. Sí, grave. Muy grave, como es lógico.

—Dios mío… —cerró sus ojos—. ¿No puedo verle?

—No. No puede verle.

—¿Ni siquiera un momento, un instante, a distancia, a través de algún vidrio?

—Ni siquiera eso. Está estrictamente prohibido todo tipo de visitas. Hay dobles medidas de seguridad, tanto por su estado como por las circunstancias, compréndalo.

—¿Acaso pueden sospechar de su propia mujer?

—No es eso, señora Maddox. Son órdenes estrictas. Para todos. Está en una unidad de cuidados intensivos, totalmente aislado de todo el mundo. Sólo unos pocos tienen acceso a él.

—¿Quiénes son esos pocos?

—Los médicos, señora. Nadie más. Incluso yo mismo, como jefe de Inteligencia Civil, le he visto en una ocasión a través de una mirilla.. No se permite a persona alguna, ajena a este Centro Médico, acercarse al paciente.

—¿Sin excepciones?

—Sin excepciones. Rotundamente ninguna.

—Pero usted le ha visto —le aferró inesperadamente por un brazo, casi con avidez—. Dígame, cuando menos, una cosa: ¿está… está entero?

Una expresión rápida de incertidumbre pasó como una sombra por el severo rostro anguloso del jefe de Inteligencia. Fue todo lo que acusó la pregunta. Se mantuvo dueño de sí, dominando sus nervios. Su voz no reveló emoción alguna al inquirir:

—¿A qué se refiere al decir eso, señora?

—Usted me entiende —los ojos de ella le asaeteaban—. ¿Sufre amputaciones, está mutilado por la explosión?

—No puedo responderle, señora. Sólo vi su rostro, su cabeza emergiendo de las sábanas que le cubren.

—¡Pero tiene que saber algo! —se exasperó ella— ¡Tiene que tener un informe médico, conocer su estado real en estos momentos, señor Lorrimer!

—Lo siento. Aunque lo supiera, no podría decírselo. Es todo estrictamente confidencial todavía. Pero lo cierto es que no sé nada.

—Me está mintiendo —sollozó Karin—. Ben está muerto, tal vez. O terriblemente desfigurado... o mutilado.

—Señora Maddox, ¿por qué no tiene paciencia y espera? En breve podré ser más explícito con usted. Le aseguro que la primera noticia que tenga autorización para ser transmitida a alguien, llegará a usted en primer lugar. Tiene mi palabra.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, hay que esperar —suspiró Lorrimer—, Todos tenemos que esperar...

Miró hacia la puerta del despacho. Un miembro de la Policía Militar había autorizado el paso de alguien con una tarjeta plastificada de identificación, colgando de su chaqueta, lo mismo que la propia Karin Maddox.

—Buenas tardes, señor Lorrimer —saludó el recién llegado, parándose detrás de la señora Maddox—. Lamento haberme retrasado, Karin. Estaba en !a Sala de Prensa con el resto de los compañeros. El coronel Plummer, de Inteligencia militar, estuvo

informándonos sobre el sabotaje del jeep.

—No te preocupes, Shelby —murmuró ella, volviéndose a él—. El señor Lorrimer no está demasiado locuaz al respecto. Sé tanto como cuando llegué aquí. Ben podría estar muerto, desfigurado o mutilado en estos momentos, sin que nadie me dijese nada. Algo horrible le ocurre, lo presiento.

—Está hablando sin fundamento, señora —rectificó fríamente Lorrimer.

—¿Por qué entonces no puede ella ver a Ben? —indagó con cierta acritud Marlowe.

—Señor Marlowe, nadie puede verle ahora, por orden superior. Este es un asunto grave de Estado, que implica consecuencias imprevisibles por el momento, puesto que las personas víctimas de esa explosión eran todas ellas pertenecientes a un cuadro especializado de Inteligencia militar y civil, dependiente del Gobierno, como ustedes saben muy bien. Esas son las órdenes que he recibido de personas más altas que yo en la jerarquía, y mi misión es obedecer sin hacer preguntas.

—Usted es solamente un engranaje en esa máquina a la que pertenece Ben, señor Lorrimer. Ella, en cambio, es su esposa.

—Nada de cuanto me diga lo ignoro. Por desgracia, en asuntos oficiales de este tipo, el factor emotivo no se puede tener muchas veces en cuenta. Sólo les aseguro, a ella como esposa y a usted como su amigo más íntimo, que Ben Maddox vive aún y hay esperanzas de que salga con vida de esto. Es cuanto puedo decirles. Por favor, ¿por qué no tratan de hacerme más fácil mi tarea, que no es precisamente agradable, comprendiendo que, por el momento, eso es todo cuanto puede salir de mis labios?

Shelby Marlowe miró fijamente al jefe de Inteligencia. Luego, afirmó despacio con la cabeza. En su rostro joven y enérgico pareció asomar cierta comprensión. Sus ojos color café revelaron una emoción contenida pero serena. Se rozó mecánicamente los rubios cabellos con su mano y dijo al fin, tomando a Karin por un hombro:

—Creo que es razonable lo que dice el señor Lorrimer, Karin. ¿Por qué no vuelves a casa y esperas? Yo seguiré por aquí, cerca de Ben, Te tendré informada. Además, iré a ver-te con frecuencia, para que no te sientas tan sola, ¿conforme?

Ella apretó los labios. Hubo un destello de amargura en sus claros ojos abiertos y húmedos. Pero terminó bajando la cabeza abatida.

—Está bien, Shelby, Si no hay otro remedio...

Dio media vuelta. Se encaminó a la salida, acompañada de Marlowe, que giró su cabeza un instante para cambiar una mirada con Kelly Lorrimer.

—La llevo a casa. Luego volveré, a la espera de noticias.

—Está bien —suspiró el hombre del Servicio de Inteligencia—, Ya nos veremos, Marlowe.

Salieron ellos. El rostro de Lorrimer reveló cieno alivio, pero también se ensombreció casi de inmediato, al recordar ciertas cosas.

—Dios mío —murmuró—. ¿Cómo van a encajar las personas que le conocieron lo que ha sucedido realmente?

Y echó a andar, pensativo, con una profunda tristeza en toda su faz.

* * *

—El brazo izquierdo está mutilado hasta el codo. Tiene graves lesiones cerebrales, una de las cuales afecta a su memoria, convirtiendo a este hombre en una persona con amnesia total. Su corazón está igualmente deteriorado por los desgarros viscerales y está soportando todo esto gracias a su naturaleza de hombre fuerte y lleno de vitalidad, que se resiste a morir. Por otro lado, coronel Plummer, sufre algunas lesiones oculares que pueden causarle la ceguera de uno de sus ojos, el derecho. Hay desgarros importantes en los músculos de su pierna izquierda, justamente en el muslo, y su estómago quizás tenga que ser extirpado en parte, junto con una sección de los intestinos, para evitar una posible infección de las zonas dañadas irreversiblemente.

Siguió un silencio impresionante. Las palabras del doctor Waldo Shawn, director del Centro Médico especial donde estaba recluido Ben Maddox, no incitaban precisamente al optimismo.

El coronel cambió una mirada con Kelly Lorrimer, de inteligencia Civil, y ambos revelaron la desesperanza y la impotencia en sus rostros. Luego, todos ellos centraron su mirada en el hombre joven y lleno de aparente vida que reposaba bajo los plásticos herméticos de la Unidad de Cuidados Intensivos.

El rostro de Ben Maddox parecía el de un apacible durmiente. Con su cabeza vendada y la parte lesionada del rostro cubierta de apósitos, el resto daba la impresión de total normalidad. Su tez bronceada, saludable, brillaba como bronce dorado, el reflejo de las luces mortecinas de la sala aséptica donde se hallaba. Las sábanas cubrían el resto de su cuerpo, situado dentro de un armazón de plástico para no ser rozadas sus gravísimas lesiones por tejido alguno.

—Ese muchacho... —jadeó el coronel—. Era uno de nuestros mejores hombres. Estaba a punto de llegar a algo concreto en el asunto que investigaba... Habíamos recibido su último mensaje. Todo resuelto. Tengo la solución. Es increíble. Exactamente esas siete palabras. Las tengo como grabadas en la mente a fuego. ¿Y ahora, qué? Él era el único en conocer esa solución. Y se nos muere...

—Aunque no llegue a morir inmediatamente, señor, ¿cómo preguntar la verdad de algo a un hombre que no tiene memoria y que, posiblemente, nunca recuperará esa memoria perdida? —se lamentó amargamente Lorrimer.

Un silencio sombrío se hizo en la cabina inmediata, separada de la UCI por medio de una amplia ventana de vidrio hermético en el muro, desde la que era posible ver al paciente.

Los indicadores de actividad cardíaca del paciente, seguían un curso regular, pese a sus lesiones en el corazón. El encefalograma no era plano, pero acusaba poca actividad cerebral, aunque espaciada y regular. Sus demás constantes vitales se mantenían, aunque eso era todo.

—Doctor Shawn, ¿qué se puede hacer exactamente para salvarle? —indagó el coronel Plummer.

—Nada. Absolutamente nada, salvo lo ya expuesto.

—Pero aunque lograse salvarle Ia vida, ¿qué saldría de todo ello? ¿Cómo será Ben Maddox en el futuro? Un hombre lisiado, con amputaciones, sin memoria ni recuerdos, tal vez incapacitado para digerir alimentos y para hacer una vida normal... Devolveremos a su esposa no un hombre, sino una piltrafa humana.

—Eso ya no es culpa mía, coronel —se lamentó el doctor Shawn—. Les he expuesto la cuestión tal como es. En una explosión así, no siempre el morir es lo peor que puede ocurrirle a un hombre.

—Sí, empiezo a darme exacta cuenta de ello —resopló Kelly Lorrimer sombríamente—. Dios mío, no tener una sola posibilidad de convertir a Ben en un ser normal, de salvar su vida y su físico, ni siquiera de saber qué averiguó, antes de sufrir ese criminal atentado...

—Existe una posibilidad de intentar algo —dijo inesperadamente el doctor Shawn—. Pero es tan remota, tan problemática, que... pertenece al mundo de lo hipotético.

—¿A qué se refiere, doctor? —indagó vivamente el coronel Plummer.

—Bueno, no es cosa mía, sino de otro doctor. Un doctor en Biomedicina... y biónica.

—¿Biónica?

—Eso dije —suspiró Waldo Shawn—. Biónica, señores. El doctor Spencer Shields es ese hombre.

—¿Y...?

—El tiene un proyecto bastante avanzado. Ha examinado al paciente hace unos momentos y ha estudiado todas sus lesiones minuciosamente. Ha llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Ben Maddox, en el estado actual, es un hombre virtualmente muerto. Aun cuando su fallecimiento no se produzca, todos sabemos lo que saldrá de aquí irremediablemente.

—Sí, estamos de acuerdo. Lo que le dije antes, doctor —convino secamente el coronel Plummer—. Una piltrafa incapacitada para hacer una vida normal. Una ruina humana, en suma.

—Pero ni aun eso es probable que ocurra. De no mediar un milagro, Ben Maddox es hombre muerto'. Y con su muerte, los servicios de Inteligencia se quedan sin la más valiosa información imaginable.

—Vivo, tampoco nos ayudará gran cosa —objetó Lorrimer, sombrío

—. Su memoria no funciona, ¿no es cierto? Es... es un espacio en blanco. No tiene recuerdos, No sabe nada, no se acuerda de nada. Incluso su propia esposa será para él una extraña cuando vuelva a su lado... si es que vuelve alguna vez.

—Exacto, señores —suspiró el doctor Shawn—. Por tanto, valdría la pena aceptar el posible milagro que nos ofrece el doctor. Spencer Shields.

—¿Milagro? —dudó Plummer—. ¿Qué milagro?

—Darle una vida diferente a Ben Maddox. Convertirle en un ... un androide.

—¿Un... qué? —exclamó Lorrimer, asombrado.

—Un hombre biónico, en suma.

—Espere, espere un momento —Lorrimer alzó su mano pidiendo calma—. Veamos si he entendido su fantástica proposición, doctor Shawn. Usted nos sugiere que, según su colega, el doctor Shields, especialista en medicina biológica y en biónica, convirtamos al paciente en un robot, ¿es eso lo que ha sugerido?

—No exactamente. Un robot sería una simple máquina provista de un sistema electrónico de vida mecánica, simulando la humana, señor.

—¿Y qué sería Ben Maddox, en ese caso?

—Un hombre cuyas mutilaciones y carencias serían suplidas por prótesis artificiales, por mecanismos sofisticados de la más perfecta confección.

—Eso es un disparate, doctor —protestó Plummer, airado,

—¿Usted lo cree, coronel? —sonrió el médico—. La biónica está muy avanzada. Lo que antes hubiera sido imposible, hoy en día, gracias a la miniaturización de circuitos, es una realidad cierta. El doctor Shields está trabajando incluso en un proyecto aún más audaz: dotar de visión a los ciegos, a través de impulsos electrónicos que, dirigidos directamente a su cerebro, reproducirán en éste imágenes, luces y colores con toda precisión, haciendo innecesarios los órganos visuales convencionales para los invidentes. Todavía no lo tiene terminado, pero confía mucho en el resultado final. Y desde luego, está seguro de poder dotar de la visión suficiente al ojo dañado de

Maddox, dotándole incluso de elementos visuales nuevos, que podrían convertir a su poseedor en una especie de superhombre, en lo que a su poder visual se refiere.

—Todo eso suena a pura fantasía, doctor. Está su brazo mutilado, su pierna con los músculos destrozados, su vientre, su estómago, su corazón…

—Todo ello admite prótesis plásticas, dotadas de mecanismos diminutos, activados desde determinados centros, que suplan las funciones naturales, imitándolas con otras similares. Un corazón artificial en parte, bien acoplado al auténtico, un estómago y un intestino que actuarán mecánicamente, logrando digerir los alimentos, e incluso evitando intoxicaciones o envenenamientos, puesto que, según el doctor Shields, podría acoplarse a su sistema un procedimiento de separación de toda sustancia nociva, mediante la adecuada programación. Los músculos se reproducen en plástico, con electrodos en los nervios responsables, que emitan los estímulos precisos a la musculatura artificial. Y finalmente, el brazo mutilado puede ser suplido por un brazo plástico perfecto, con movimientos y funciones totalmente normales, lo que el doctor Shields llama «brazos mioeléctricos», acoplables al muñón y provistos incluso de mano y dedos que pueden actuar con total sincronización y normalidad activa.

—Le veo muy entusiasmado con esa loca idea, doctor —señaló Lorrimer, absorto.

—Es que no perdemos nada llevándola a la práctica. Es un experimento fantástico y arriesgado, lo sé, pero ¿cree que Ben Maddox Io rechazaría, caso de poder opinar en este asunto?

—Lo malo es que no puede opinar. Está inconsciente, y por añadidura, no recuerda nada de nada. No sabe quién es ni por qué está aquí, ni cuál fue su vida anterior —le recordó fríamente Plummer —. ¿Cómo espera resolver eso el doctor Shields?

—Eso… mejor lo podría responder él, ¿no creen? —sonrió Shawn —. Pero creo que tiene solución también para eso, se 'm me dijo.

—Creo que vale la pena hablar con el doctor Shields —terció tras una vacilación el coronel Plummer—. ¿Qué decide usted, Lorrimer? Después de todo, es uno de sus hombres el que agoniza ahí dentro…

—Está bien, coronel. Si usted quiere… hablaremos con el doctor Shields.

CAPITULO II

Spencer Shields, doctor en Medicina y Biomedicina, pero también en Ía extraña y nueva especialidad que era la Biónica, sonrió antes de responder a Ía pregunta formulada por el coronel Plummer y por Kelly Lorrimer, del Servicio de inteligencia.

Luego afirmó despacio, dejando desgranar lentamente sus palabras:

—Sí, caballeros —dijo—. Puedo suplir esa ausencia de memoria por otra artificial, si ése es su único escrúpulo ante la sugerencia que hice al doctor Shawn,

—Pero... pero eso sería monstruoso. ¡Dar ideas y pensamientos nuevos, artificiales, a un ser humano! —protestó Lorrimer, asombrado.

—Se equivoca, señor. No se trata de hacerle pensar de otro modo ni de crear un cerebro artificial, porque eso, por el momento, es imposible para Ia Biónica. Pero todos sabemos que existen computadoras, cerebros electrónicos, ¿no es cierto? Y para que actúen, obren y den soluciones, se les dota de un banco de datos, que no es sino una memoria electrónica que acumula esos datos, para con ellos trabajar en lo que a la máquina se le exige, ¿no es cierto?

—Sí, doctor. Pero un hombre no es una máquina.

—Claro que no. Ben Maddox seguiría actuando como lo haría en su vida anterior. Bastaría, simplemente, crear esa memoria, darle esos datos y almacenarlos, para que recuerde vivencias, conocimientos personales, experiencias, acontecimientos de su vida. Será una memoria incompleta, pero bastará. Con esos datos almacenados en su mente, a través de un dispositivo electrónico acoplado a la zona dañada de su cerebro, él podrá elegir su modo de actuar, su comportamiento se adaptará a la personalidad que hemos reproducido en él, y que no deja de ser, aunque incompleta, la suya propia.

—Dicho así, suena tan natura! que da escalofríos —comentó Lorrimer—, Estamos hablando de convertir a un cerebro humano en

un banco de datos, y a un cuerpo de hombre en una máquina llena de electrodos y de impulsos mecánicos...

—Lo sé. Pero es la única posibilidad' de supervivencia para ese hombre. Pueden pensarlo, pero pronto. Mi diagnóstico profesional es que tiene vida para poco tiempo. Puede fallarle el corazón en cualquier momento, o sufrir una paralización cerebral total y entonces ya no habría remedio...

Sonó el teléfono con su zumbido leve. Era el de la línea de emergencias. Alarmado, Plummer se inclinó, descolgándolo. Habló con rapidez:

—Sí, coronel Plummer. ¿Qué? ¿Ahora mismo? ¿Cómo reacciona? Sí, entiendo. Está bien. Hagan todo lo posible. Espero noticias. Dispongan todo, si sobrevive. Va a sufrir una intervención quirúrgica muy especial.

Colgó. Estaba pálido. Se quedó mirando a Lorrimer y a! doctor Shields. Su voz sonó ronca:

—Se ha presentado un colapso. Están intentando reanimarle. Hay esperanzas de lograrlo, pero se debilita por momentos. Ya ha oído, doctor. Si él sale de ésta... es suyo. Está decidido.

Lorrimer no dijo nada. Tragó saliva y murmuró:

—¿Y la señora Maddox? ¿No se la va a informar de esto, ya que ni siquiera se le pide autorización?

El coronel Plummer negó sombríamente.

—No, Lorrimer —dijo—. No se le dirá nada. Absolutamente nada. Si el doctor logra su milagro biónico, tampoco ella ni nadie deberán saberlo. Será nuestro secreto. Hay razones de peso para que obre así, créame.

Y, sin pronunciar palabra, abandonó la estancia, seguido rápidamente por los otros dos hombres.

* * *

Kelly Lorrimer paseaba nerviosamente ante la puerta del quirófano

vigilado por dos hombres de Inteligencia militar, en aquel centro médico al que no tenían acceso curiosos ni periodistas.

Dentro, un hombre estaba siendo operado a vida o muerte. Pero no era aquélla una operación cualquiera, una más en la historia de aquel quirófano de urgencias especialmente adaptado en esta ocasión para el trabajo del doctor Shields.

Además de bisturíes e instrumental quirúrgico, había allí dentro mecanismos electrónicos que emitían sordos zumbidos, baterías de energía en funcionamiento, un potente cerebro electrónico, dotado de riñón artificial y reactivador Cardíaco, y toda una serie de mecanismos y de expertos del equipo de biónica del doctor Shields, trabajando a toda intensidad en su compleja tarea.

La espera se prolongaba. Eran ya seis ¡as horas que llevaban encerrados Shields y su equipo con el cuerpo inconsciente y casi agonizante de Ben Maddox. Lo que allí dentro pudiera estar ocurriendo, era un enigma. El secreto mejor guardado de los servicios de Inteligencia civil y militar de los Estados Unidos no tardaría en desvelarse, al menos para Lorrimer y el coronel Plummer, y muy pocas personas más. A la señora Maddox ni siquiera se la había informado de esta operación. La prensa nada sabía, salvo que uno de los afectados por la explosión aún sobrevivía, y la opinión pública se preguntaba si realmente pudo haber supervivientes en aquel bárbaro atentado.

La verdad, la increíble verdad que estaba produciéndose tras aquellas puertas herméticamente cerradas y vigiladas estrechamente, nadie la conocía. Ni siquiera la sospechaba...

Lorrimer fue a la cafetería del establecimiento médico, tomando un ligero refrigerio, más para calmar su nerviosismo que su apetito.

Allí esperó, fumando varios cigarrillos, mientras las agujas del reloj se movían con desesperante lentitud. Sólo una hora más tarde, estaba de regreso en la sala de espera,, donde se encontró con el coronel Plummer, no menos nervioso que él. Los dos hombres cambiaron una mirada de incertidumbre e impaciencia,.

—¿Cómo va todo? —indagó roncamente Lorrimer.

—No Io sé. Un ayudante del doctor Shields ha dicho que están procediendo a injertar las prótesis plásticas de su corazón, estómago e intestinos. Han superado todo riesgo de colapso, y eso ya es una gran ventaja. Les falta aplicar las prótesis de miembros exteriores, así como

preparar todos los datos personales de Maddox, obtenidos de nuestros archivos e informes, de sus documentos y de cuanto sobre él se ha podido reunir, para con ello componer el banco de datos a insertar en su cerebro. Se calcula que harán falta otras siete u ocho horas de trabajo, para dar por terminada la primera fase. Mañana y en días sucesivos se irá completando todo. El brazo artificial y los músculos de plástico para su muslo herido están ya a punto de llegar, y cuando ello ocurra se hará una primera prueba de injerto.'-

—Es una larga tarea... —suspiró Lorrimer.

—Muy larga, sí —afirmó el coronel—. Pero quizás resulte, después de todo.

—Y de este recinto saldrá un hombre distinto al que era...

—No del todo. Para los que le trataron, él seguirá siendo Ben Maddox. Las naturales lagunas que se mantendrán en su cerebro, pese a la memoria electrónica aplicada, pueden justificarse fácilmente por medio del pretexto de una amnesia parcial. El comportamiento de Maddox espero que sea el mismo, puesto que su conducta no puede alterarse. Los puntos básicos, que en el cerebro humano parecen condicionar su conducta, están sanos y absolutamente normales. No hay motivo para pensar que Ben Maddox deje de ser Ben Maddox cuando vuelva al mundo con sus prótesis artificiales.

—¿Y su esposa? ¿Advertirá ella esa diferencia?

—Esperemos que no. El plástico de su brazo artificial tendrá la temperatura y tacto de la propia carne. Debajo irán los circuitos y electrodos, bien ocultos. Su mano y brazo se moverán normalmente. No, ella no tiene por qué advertir nada raro.

—De modo que no vamos a informarle de nada...

—Absolutamente de nada. Al menos, mientras no resolvamos el caso que investigaba Maddox cuando sufrió el atentado.

—¿Es que va a seguir investigándolo él, en las circunstancias actuales?

.—¿Quién mejor que él? —sonrió el coronel Plummer—. Amigo Lorrimer, si Ben Maddox sale de aquí aparentemente igual que era, ¿qué puede suceder? Recuerde que quien dispuso el explosivo en el jeep, lo hizo porque sabía que Maddox había averiguado la verdad del asunto. El ver que Maddox sobrevive, le hará ponerse nervioso,

preocupado. Temerá que él, pese a esa amnesia parcial que mencionaremos, llegue a recordar la verdad que conocía. Y, sin duda alguna, perderá la serenidad. Intentará algo...

—Y tal vez lo consiga. Recuerde que ya mató una vez con un explosivo. Puede intentarlo de nuevo, y esta vez deshacerse de Maddox.

—No va a ser sencillo. Son las ventajas de ser un hombre biónico, un androide. Sus prótesis van a llevar una serie de innovaciones que pueden convertir a nuestro hombre en e! mejor agente imaginable de todos los tiempos. Porque la idea del doctor Shields es aplicar a los microordenadores distribuidos por e! organismo de Maddox para coordinar las actividades de sus miembros artificiales, ingenios capaces de hacer a Ben casi un hombre invencible. Por ejemplo, llevará un sistema de control de venenos o tóxicos, capaz de separar en su estómago artificial los alimentos o bebidas inofensivas de cualquier sustancia venenosa, eliminando ésta sin peligro. Llevará en su ojo dañado una microcámara de televisión capaz de captar nítidamente cualquier imagen, pero también provista de rayos X, para descubrir en las personas el metal de armas y objetos peligrosos,, micrófonos, ele. Y además se le aplicará un pequeño electrodo altamente* sensible a ciertas radiaciones que actuará como detector de explosivos de lodo género, señalando su situación exacta.

—Cielos... —resopló Lorrimer—. Me da la impresión de que estamos creando entre todos otro monstruo de Frankenstein, coronel.

—He tenido la misma idea —rió entre dientes el militar, afirmando con la cabeza—. Sólo que así calvamos Ia vida de Ben Maddox, le damos un cuerpo sano y fuerte, una mano artificial, capaz de suplir a la suya, y dotada a la vez de una fuerza muy superior a la de una mano humana normal. Y unos órganos de plástico que, gracias a impulsos electrónicos adecuados, le permitirán gozar del apetito, la sed, los sabores y el placer de degustar cualquier alimento o bebida como si estuviese completamente normal. Un moribundo no puede pedir un milagro mayor, Lorrimer.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿qué dirá él cuando lo sepa? Porque a él supongo que si es inevitable informarle...

—Absolutamente inevitable. Piense que, periódicamente, sufrirá revisiones de sus mecanismos, y aunque habrá microbaterías solares que alimenten sus circuitos de energía, sin necesidad de reponer material alguno, cada dos años, como mínimo, deberá ser revisado

cada injerto biónico de su cuerpo, para un más perfecto funcionamiento. Estoy seguro de que Ben Maddox comprenderá muy bien lo que le hemos tenido que hacer, dadas las circunstancias...

* * *

—Sí, coronel. Estoy totalmente de acuerdo con cuanto me han hecho.

Plummer respiró con cierto alivio. Lorrimer seguía contemplando, con una mezcla de asombro e incredulidad, aquel ejemplar humano que acababa de salir de un laboratorio electrónico virtualmente, para vivir una segunda vida después de muerto.

Sin embargo, era el mismo Ben Maddox que él conociera. Fuerte, broncíneo, sonriente, jovial, con un destello optimista en sus ojos verdes, y el vigor físico presente en cada músculo de su cuerpo atlético.

Resultaba difícil imaginar que uno de aquellos ojos verdes estaba dañado interiormente de modo irreversible, y su pupila ocultaba una microcámara de TV, capaz no sólo de complementar la visión normal del ojo sano, sino también capaz de perforar ¡os cuerpos opacos con sus rayos X si él pestañeaba de un modo determinado que accionara el sistema de cambio de visión.

También resultaba imposible sospechar que aquel brazo izquierdo, aquella mano en reposo sobre el embozo, pudiera ser de plástico, recubriendo cables, circuitos, electrodos y transistores miniaturizados hasta el máximo. Y que los músculos de una de sus fuertes piernas fueran simplemente plástico activado por los nervios y los impulsos electrónicos de unos electrodos y unos telemandos adecuados.

—Me alegra que piense así, Maddox —habló el coronel apaciblemente—. Había llegado a temer que no aprobase usted lo sucedido.

—¿Serviría ya de mucho? —sonrió irónicamente Ben.

—Me temo que no —sonrió a su vez Plummer—, ¿Cómo funciona su memoria?

—Parece que bien. Recuerdo quién so>, cómo me llamo, cuáles son mis actividades, cuál fue mi vida anterior... Tengo lagunas cuando quiero detenerme en pequeñas particularidades, pero lo fundamental está aquí. —se tocó la frente, risueño—. También sé que tengo una esposa, Karin. Y recuerdo bien cómo es, aunque mis recuerdos íntimos no sean demasiado claros.

—No podíamos pedirle datos a ella. Sólo utilizamos cartas suyas, fotografías familiares, ideas reunidas en archivo y todo eso.

—Entiendo, Parece que es todo bastante completo, pese a ello. Incluso puedo recordar los detalles del atentado...

—Le grabamos en su memoria todo cuanto sucedió, relatado por testigos presenciales. Lo único que no hemos podido reproducirle es lo que usted sabía en el momento de sufrir el atentado, Maddox.

—Oh, eso... Usted ha grabado en mi mente unas pocas palabras, el último mensaje que le transmití antes de sufrir ese criminal ataque que causó la muerte de tres compañeros: Todo resuelto. Tengo la solución. Es increíble.

—Sí. Esas fueron exactamente sus palabras, Maddox.

—Cielos, qué lástima —se lamentó el paciente, moviendo la cabeza —. Tener en blanco la memoria, no recordar nada que no me hayan grabado ustedes... No logro saber lo qué descubrí, lo que era tan importante... Pero recuerdo bien el caso asignado.

—Sí, claro. También pudimos grabarle eso, pero en modo alguno el curso de sus pesquisas,, que sólo usted conocía. Lo único cierto- es que llegó a alguna parte. Pero el criminal lo supo... y quiso terminar con usted sin perder tiempo.

—Supongo que ahora debe estar muy nervioso, ignorando cuál ha sido mi suerte...

-—Seguro que lo está. Y lo que cuenta es que llegue a estarlo más aún.

—Coronel, ¿qué espera ahora de mí?

—¿Sabe que esperamos algo?

—Por supuesto. ¿Se hubieran preocupado tanto por mí, de no series necesario?

—Tal vez sí, Maddox. Intentamos salvar al ser humano, no al agente especial. Pero ya que lo hemos conseguido, sería una buena cosa obtener de ello el mayor provecho posible. Además, cuando usted salga de aquí, es obvio que intentarán de nuevo matarle, porque su asesino estará seguro de que usted sigue sabiendo la verdad, aunque diremos oficialmente que, a causa de una momentánea amnesia parcial, usted no puede recordar muchas cosas. Eso será su coartada ante cualquier fallo o ausencia de información en su banco de datos memorizados, y también la posibilidad de que le espíen sin matarle, pero siempre preocupados por lo que usted puede llegar a recordar en cualquier momento.

—En resumen: seré como la pieza que recorre el bosque, vigilada por el punto de mira del arma del cazador —rió suavemente Maddox —. Irán a cazarme.

—Es probable. Pero ellos irán a dar caza a un hombre normal, ignorando qué dase de ventajas tiene usted ahora en su organismo. Por eso está prohibido totalmente que informe a nadie de nada, ni siquiera a su propia esposa.

—¿Karin no puede saberlo tampoco?

—Tampoco. Ni su mejor amigo.

—¿Shelby Marlowe?

—Veo que recuerda bien el nombre. Ni siquiera a él.

—Recuerdo su nombre y algunos detalles. Sé cómo es, sé que es periodista, que somos amigos desde hace años, qué estudiamos juntos antes de hacerse él reportero y yo miembro de los Servicios de Inteligencia... Pero muchas cosas de esa amistad no están claras ahora en mi memoria.

—Todo lo que nosotros ignoramos, usted lo ignora por la fuerza ahora. Deberá de ir reconstruyendo sus auténticas vivencias paso a paso. Pero tampoco puede decir a su amigo Marlowe la verdad. Nadie debe sospecharla, recuérdelo.

—¿Y si mi esposa lo descubre? Una mujer puede intuir cosas. Sobre todo, en la intimidad, coronel.

—Lo sé. Es un' riesgo que corremos. Su brazo es incombustible, refractario a cualquier temperatura o factor ambiental, lo mismo que todas sus prótesis Su corazón posee ahora una fuerza vital asombrosa,

y si llegara a pararse al sufrir usted un atentado, una sección del mismo, la artificia!, mantendría sus constantes vitales lo suficiente para sobrevivir hasta que le pudiesen aplicar otra prótesis completa, con las funciones cardíacas normales. Es el mayor hallazgo del doctor Shields

—Mi querido doctor Frankenstein, ¿no es así? —rió Maddox.

—Vaya por Dios. Frankenstein... —suspiró el corone!, moviendo la cabeza con disgusto— Quien registró en su banco de datos los conocimientos literarios, no debió recordar nunca la obra de Mary Shelley, amigo Maddox. No es la más adecuada para usted.

—¿Por qué no? —rió de buen humor Ben—. Coronel Plummer, la idea incluso me resulta divertida. Sólo espero no terminar como terminó la criatura de Victor Frankenstein, la verdad...

CAPITULO III

—¡Ben! ¡Oh, Ben, es increíble!

Se lanzó, sollozando, en sus brazos. Ben Maddox besó tiernamente a Karin en sus gordezuelos y atractivos labios rojos. Sintió una peculiar emoción interna, como si fuese la primera vez que besaba a su esposa. Eran las consecuencias de no tener memoria para ciertas cosas, pese a que le habían sido registrados en su archivo electrónico del cerebro toda clase de sensaciones y conocimientos sexuales.

Ella parecía tan feliz que no notó diferencia alguna en su marido. Para ella, era el mismo Ben que volvía a casa, sorprendentemente sano, fuerte y sin huellas de las terribles heridas sufridas.

—Ben, llegué a pensar que estarías mutilado, cubierto de llagas, de cicatrices, desfigurado... o inútil —gimió la joven, acariciando aquellos cabellos, aquel rostro, aquel cuerpo que tan bien conocía—. Soy tan feliz, Ben querido... Tan feliz... Oh, Dios mío, nunca pude esperar que llegara este día. Se mostraban tan misteriosos todos los hombres para los que trabajabas...

—Compréndelo, era top secret —sonrió él—. Intentaron matarme,

ya lo sabes. Había que tomar toda clase de precauciones. No podían decir a todo el mundo que yo estaba casi ileso, recuperándome de mis heridas y del shock. Podían intentar algo peor, ¿comprendes?

—Sí, claro, lo entiendo muy bien, Ben, pero yo soy tu esposa…

—Aun así, tenían prohibido hablar. Podías cometer una indiscreción. Podía captar alguien un gesto de alegría en ti e imaginar el resto…

—Tal vez tengas razón, pero he sufrido tanto durante este largo, interminable mes de espera… Sólo me decían que seguías con vida, que tuviera fe, que esperase… Pero a cualquiera se le agota la fe en momentos así, Ben querido.

—Bueno, todo esto ya queda atrás, por fortuna —la alentó él, rodeándole el. talle con su brazo—. Ahora vamos a ser felices otra vez. Empezamos la vida nuevamente. Como si nada hubiera ocurrido, amor mío…

La besó en el cuello, en el lóbulo de la oreja. Ella tembló. Le miró, con ojos encendidos, temblorosa su figura esbelta y atractiva.

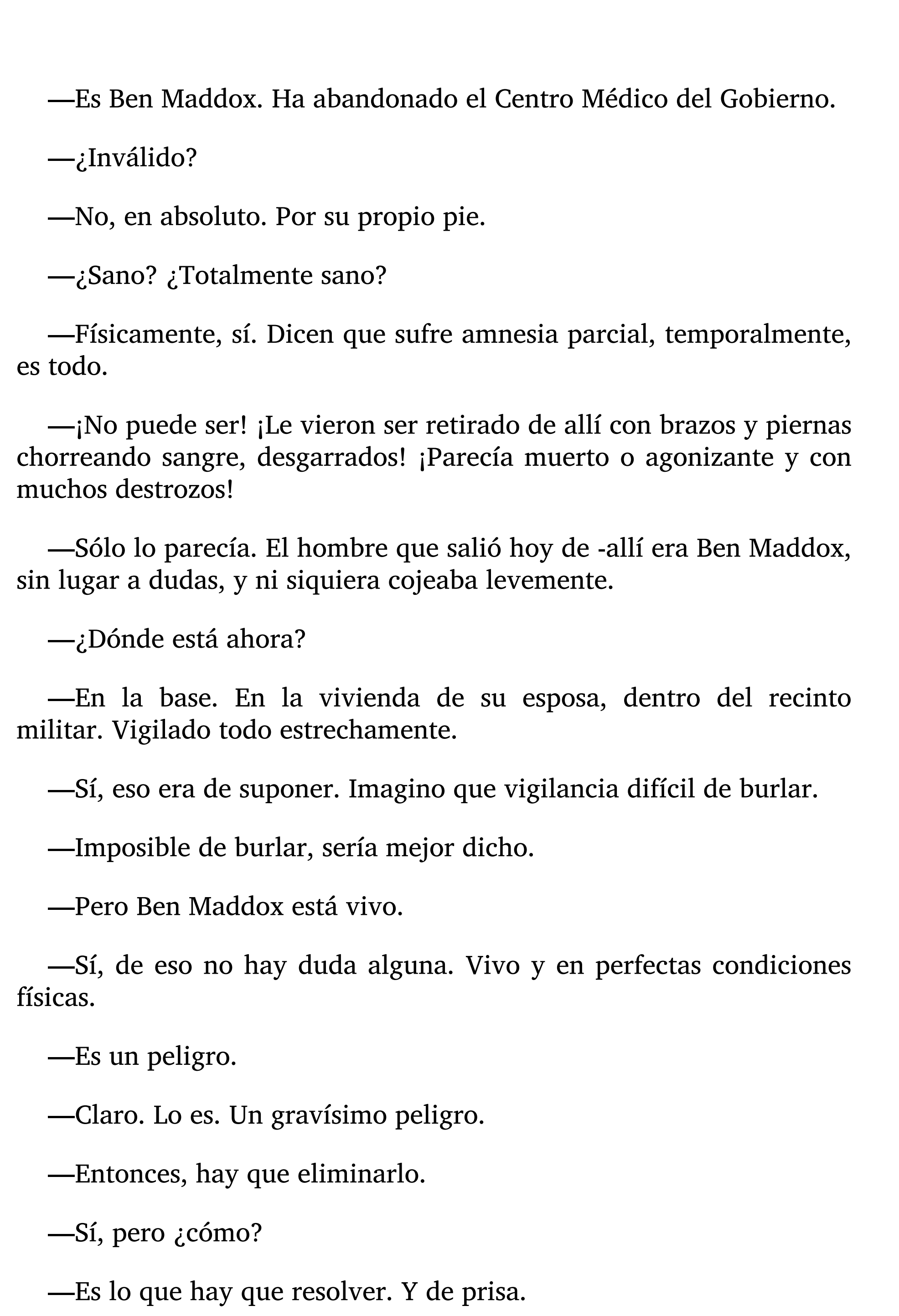
—Ben… —parecía sorprendida por algo—. Siempre fuiste maravilloso, pero algo seco. No demasiado efusivo. Es magnífico ver que vienes más cariñoso que nunca…

Ben se dijo que era lo malo de no tener memoria. Un detalle que debía cuidar. Su comportamiento, fuera de la fría información oficial que tenían de él y que utilizaban para archivar sus datos mentales, había cambiado con la amnesia, sin duda alguna. Pero procuraría ser más afectuoso con Karin. Tal vez estuvo en un error anteriormente, al comportarse con ella con menos efusión.

—Creo que he cambiado en algo —rió él jovialmente—. Sigo sin recordar muchas cosas del pasado, compréndelo, mi memoria está incompleta…

—Lo sé, lo sé —le tranquilizó ella—. No te esfuerces en recordar. Algún día, todo volverá a tu mente, y serás el de siempre. Pero me gusta que seas así ahora, Ben. Me gusta que me ames, que te muestres cariñoso… ¡Es más, lo necesito!

Y se lanzó impetuosamente en sus brazos, aplastando su boca en la de él.



* * *

—Es Ben Maddox. Ha abandonado el Centro Médico del Gobierno.

—¿Inválido?

—No, en absoluto. Por su propio pie.

—¿Sano? ¿Totalmente sano?

—Físicamente, sí. Dicen que sufre amnesia parcial, temporalmente, es todo.

—¡No puede ser! ¡Le vieron ser retirado de allí con brazos y piernas chorreando sangre, desgarrados! ¡Parecía muerto o agonizante y con muchos destrozos!

—Sólo lo parecía. El hombre que salió hoy de -allí era Ben Maddox, sin lugar a dudas, y ni siquiera cojeaba levemente.

—¿Dónde está ahora?

—En la base. En la vivienda de su esposa, dentro del recinto militar. Vigilado todo estrechamente.

—Sí, eso era de suponer. Imagino que vigilancia difícil de burlar.

—Imposible de burlar, sería mejor dicho.

—Pero Ben Maddox está vivo.

—Sí, de eso no hay duda alguna. Vivo y en perfectas condiciones físicas.

—Es un peligro.

—Claro. Lo es. Un gravísimo peligro.

—Entonces, hay que eliminarlo.

—Sí, pero ¿cómo?

—Es lo que hay que resolver. Y de prisa.

—Tenemos informes de última hora. Sufre amnesia parcial. Uno de nuestros agentes próximos al Hospital Militar ha averiguado que esa amnesia es temporal también. Es. posible que haya olvidado cuanto averiguó antes, pero también es posible que Io recuerde en cualquier momento.

—No ha podido informar de lo que sabía. En ese- caso, todo se habría ido abajo. Y no es así. Pero tenemos que prever ese posible retomo de su memoria, y anticipamos a él.

—Espero instrucciones.

—Muy bien. Las emitiré en cuanto haya algo concreto. Alerta a todos los demás miembros de nuestra célula.

—Están alertados iodos. Y esperando órdenes.

—Llegarán pronto. Hay que decidir algo. Esté donde esté, Ben Maddox debe morir, Y esta vez, no puede haber errores.

—Esperaré esas órdenes.

—No tardarán. La orden inicial es tajante: Maddox debe morir. Los detalles de cómo eliminar a ese hombre llegarán inmediatamente.

Se cortó la conexión. El radioteléfono emitió un sonido intermitente, un bip-bip-bip monocorde e irritante, colgó el escucha. Sus ojos miraron hacia las altas verjas metálicas que rodeaban Ia base militar, próxima a Cabo Cañaveral. Dentro de aquel recinto inaccesible para quien no formara parte del personal de dicha base, "estaba el hombre que debería morir. Ben Maddox, el resucitado. Ben Maddox, el hombre a quien todos dieran por muerto hasta verse salir sano y salvo del centro hospitalario controlado por el Gobierno y por la Inteligencia militar norteamericana.

Ben Maddox, el hombre que tenía que morir.

El automóvil se puso en marcha, alejándose de la zona de Ía carretera inmediata a la curva desde la cual se dominaba perfectamente la cerca metálica del recinto oficial, área restringida a todos los ajenos a ella."

Rodó ladera abajo, alejándose de la base. Su único ocupante miraba con ojos helados ante sí, a la cinta de asfalto bañada en luz solar. El radioteléfono estaba- ya silencioso, oculto bajo el tablier. Pero el hombre situado al volante sabía que, no tardando mucho,

volvería a emitir. Y desde el otro extremo del hilo llegaría una voz implacable que diría cómo matar a Ben Maddox.

Sería el momento de actuar. De terminar con el agente especia! a quien ya creían fuera de cómbate. Al hombre que había descubierto la verdad.

Una verdad que podía cambiar el curso del mundo. Lina verdad que debía mantenerse oculta a cualquier precio. A cualquiera.

Ben Maddox era, después de todo, sólo una vida humana. Habían sido sacrificadas ya otras tres. No importaba matar aunque fuese a cien, a un millar. Lo importante era esa verdad que, tal vez, estaba aún oculta en algún rincón del cerebro de Ben Maddox, esperando salir a la luz y destruir una obra que significaba mucho para gente muy importante. Gente capaz de todo con tal de alcanzar sus objetivos. Gente sin escrúpulos, sin conciencia. Gente poderosa, con largos e implacables tentáculos.

Ese era el gran peligro que acechaba en la sombra a Ben Maddox, el hombre biónico.

* * *

—Ben, ¿estás seguro de no recordar nada en absoluto?

Maddox miró fijamente a su amigo. Su mejor amigo, Shelby Marlowe, era como si fuese un desconocido para él. Su rostro, lo tenía bien grabado en su memoria electrónica. Sus datos personales estaban en su archivo de datos computados. Todo funcionaba allá en su cerebro en blanco como una perfecta computadora. Todo estaba registrado minuciosamente por los expertos programadores del equipo biónico del doctor Shields.

Pero humanamente, Shelby Marlowe era para él como alguien a quien no había visto jamás. Podía analizarle fríamente, desde debajo de Ía máscara risueña y amistosa que era su rostro en esos momentos. ¿Era de fiar? ¿Era noble, leal, un amigo sincero y honesto? Todos sus datos fríos y mecánicos decían que sí. El, Ben Maddox, que voló por los aires con otros tres hombres, víctima de la explosión de un artefacto sofisticado, creía que sí. Emocionalmente tenía que sentir así. Eran amigos de la infancia. Camaradas entrañables de estudios. Y

luego, la amistad siguió a pesar de sus diferentes sendas en la vida. Pero eso era todo.

Ben Maddox también había sido computado mentalmente para desconfiar de todo y de todos, incluida su propia esposa. Cualquiera pudo ser quien le vendió, quien dijo al enemigo en la sombra que él sabía la verdad. Porque si a alguien le reveló él lo que sabía, tuvo que ser a una persona de su entera confianza.

Pero, ¿a quién?

Tras la larga pausa, Ben negó lentamente.

—No, Shelby. No recuerdo nada de Io que debía recordar —admitió.

—Eso quiere decir que si sabías algo decisivo cuando te atacaron, lo has olvidado totalmente.

—De momento, así es.

—Lorrimer es hombre de pocas palabras. Pero sabe que si le prometo no publicar algo, cumplo mi promesa —Shelby Marlowe paseó por el jardín del bungalow que ocupaban los Maddox en la base, en Ía zona residencial dedicada a! personal especializado de Inteligencia militar y civil—. Sé .que ibas tras algo grande. Y lo hallaste, no hay duda. O esa gente nunca te hubiera intentado asesinar.

—Estamos de acuerdo —suspiró Ben, mirando de soslayo a Karin, su mujer, que preparaba un combinado para ambos—. Tú lo sabes, yo lo sé. Lo sabemos todos. Pero no me es posible recordar aún lo que averigüé. Sea lo que sea, sé que es decisivo para alguien, trascendental para nuestra organización, para el país mismo. Pero ¿qué es ello, maldita sea?

Era sincero al decir esto. Si de él hubiera dependido quitar aquel vacío en su memoria... Pero era inútil. Ni él ni nadie podían reparar lo irreversible. Su lesión cerebral dañó gravemente ciertas células cerebrales. Una zona de su cerebro, precisamente la de la memoria, estaba inutilizada. Eso no lo sabían ellos. Ni Karin, ni Marlowe, ni, naturalmente, el enemigo en la sombra. Pero era así. Dependía solamente de un microordenador, de un diminuto banco de datos almacenado allá, en el fondo de su masa encefálica, en la zona dañada.

. Y allí, perdido para siempre, borrado en un espacio eternamente blanco, se había quedado la verdad, su hallazgo, el resultado de su investigación sobre un asunto que preocupaba grandemente a los Estados Unidos.

—Muchas cosas dependen de ti y de tu memoria en estos momentos —comentó Marlowe pensativo—. Nadie llegó, como tú, al meollo de la cuestión. Y sin embargo, es como si las páginas reveladoras se hubieran borrado y nadie pudiese volver a escribirlas excepto tú mismo, Ben.

—Sólo que tampoco depende de mí, sino de un rincón de mi mente.

—Exacto. Un rincón que encierra el gran secreto —Marlowe tomó de manos de Karin su combinado. Le sonrió, inclinando la cabeza—. Gracias, Karin. ¿Tú no tomas nada?

—No, Shelby —rechazó ella—. Sabes que no me gusta beber demasiado. Tú me sorprendes un poco, Ben. Es tu segundo combinado. Nunca pasaste del primero...

—Cosas de la convalecencia —rió Maddox, tomando su copa—. Tal vez poco a poco vaya normalizando mi vida. De momento, debes perdonarme mis cambios de carácter, Karin.

—Claro, querido —se inclinó y le besó dulcemente—. No hay nada que perdonar. A(contrario, quiero que te sientas feliz, tranquilo, dueño de ti, seguro de cuanto haces. Estas son unas vacaciones, a fin de cuentas.

—Forzosas, pero vacaciones —sonrió el joven agente, volviendo a mirar a Marlowe—. ¿Te contó también Lorrimer en lo que consistía mi misión?

—Vagamente. Pero creo tener informes fidedignos al respecto, que superan la evasiva información de Lorrimer. Todo se refiere al nuevo mineral energético, ¿no es cierto?

Una especie de luz roja marcó el alerta inmediato en la mente de Ben. Su memoria electrónica había sido programada especialmente para que algunas palabras o términos señalaran esa circunstancia con alarma automática. Esos términos, especialmente, eran mineral energético, Lydnium y Galaxia-5. A la sola mención de cualquiera de esos términos en cualquier circunstancia, sus circuitos emitían el aviso de alerta. El hecho de que fuese su mejor amigo el que lo

formulase, no variaba el resultado.

—Tú sabes tanto como yo en ese terreno, ¿no? —respondió-cautamente con una sonrisa.

—Vamos, no bromees. Nadie sabe tanto como tú de todo ello, excepto los altos mandos estratégicos y espaciales. Aunque hayas olvidado parte de ello, aún eres un hombre clave en esa labor, ¿no es cierto?

—Lo he sido. No sé si volveré a serlo. Posiblemente elijan a otro ahora para seguir mi tarea. Si es así, me quedaré al margen de todo definitivamente.

—Vamos, vamos, Ben, no piensas eso en serio —protestó vivamente Marlowe—. Eres el mejor. Lo has demostrado. Y volverás a demostrarlo en cuanto vuelvas a la tarea. Sólo tú puedes encontrar la respuesta al misterio del robo de la microdosis de Lydnium y la muerte de los expertos de la NASA que protegían ese valioso mineral traído del espacio exterior.

Otra palabra-clave: Lydnium. Seguía la alerta en sus circuitos. Podía notar esa sensación en todo su cuerpo. Especialmente en su cerebro. Estaba en guardia. No cometería errores en esa situación.

—Se ha montado mucha publicidad sensacionalista sobre ese robo —se quejó Ben, encogiéndose de hombros con un bostezo—. En realidad, nadie puede hacer nada práctico con una dosis tan mínima de ese mineral. La cantidad robada no serviría ni para dar luz a un edificio durante un mes. Por lo tanto, es algo sin valor estratégico alguno.

Pero ahora saben los ladrones el valor real de esos minerales traídos por la nave espacial Venus 107. Las piedras almacenadas en la NASA tienen un valor muy grande, ¿no es cierto?

—No del todo —Ben hablaba ahora ateniéndose estrictamente a los datos memorizados en su archivo mental—. El Lydnium es un combustible válido. Necesita ser tratado adecuadamente. Esa fórmula es la que ellos quieren robar.

—Pero ¿quiénes son ellos, Ben? —los ojos de Marlowe se fijaron en él, inquisitivos, al hacer la pregunta.

—Esas cosas nunca se saben, Shelby. Puede ser una potencia extranjera, puede ser una organización internacional de gran poder y

recursos... o un trust multinacional, interesado en controlar las nuevas fuentes energéticas posibles. Se han cometido muchos crímenes en el mundo pagados por esas multinacionales de aspecto respetable, nombres popularizados por la publicidad y pretendida honorabilidad en los países donde se instalaron. Pero las multinacionales pagan el terrorismo mundial, asesinan implacablemente y controlan incluso países y Gobiernos.

—Es un comentario que, privadamente, no tiene trascendencia —sonrió Marlowe—. Publicado en mi periódico, significaría una bomba. Y cientos de demandas legales contra el que lo afirmase.

—Pero, como tú dices, es sólo una charla privada entre amigos —rió Ben Maddox—. El hecho es éste: tres astronautas americanos regresan del primer vuelo tripulado a Venus. Traen consigo unas muestras, de las cuales resulta que cinco piedras de gran tamaño y otras tres más pequeñas, corresponden a un mineral desconocido, de raras propiedades energéticas. La NASA se encarga de guardar esos minerales mientras se estudian y analizan. Una pequeña muestra, un fragmento diminuto, es robado tras asesinar a dos hombres armados de la NASA que montaban escolta en los laboratorios, y el resto del cargamento se salva gracias a las medidas de seguridad de su embalaje. Se sabe que, sometidas a determinado tratamiento químico, esas piedras, bautizadas con el nombre de Lydnium, se convierten en una fabulosa fuente energética, centuplican su potencia y uno solo de estos pedruscos puede suplir ventajosamente a la masa atómica de diez centrales nucleares, sin riesgo radiactivo, por añadidura.

—Todo eso ya lo sabemos —suspiró Marlowe—. Entonces secuestran a uno de los astronautas, precisamente al comandante de la expedición, Irwin Salk, y exigen la fórmula de la aleación química a cambio de su vida. Dan para ello un plazo de pocos días. Entonces entras tú en acción. Te envían a investigar y rescatas a Irwin Salk, devolviéndolo sano y salvo y logrando cercar a los raptores que, sin embargo, se resisten y mueren en el enfrentamiento con las fuerzas especiales del Ejército. Su identificación reveía que son gente de distintas nacionalidades y oficios, sin nexo común entre sí. Irwin Salk asegura que hay un complot para controlar esa energía procedente de las piedras venusianas, y se protege desde entonces a todos los implicados en el proyecto *Galaxia*-5, llamado así por pertenecer el *Venus 107* al proyecto Galaxia de visitas con naves tripuladas a los planetas' del sistema solar. Y aun así, ¿qué sucede, Ben?

—-Que otro astronauta, Norman Davis, de la *Venus 107*, es asesinado sin motivos aparentes, aunque se supone que pretendió

defenderse de sus raptores. Simultáneamente, los científicos creen tener una fórmula definitiva que haga del mineral *Lydnium* una futura fuente de energía de incalculable valor, la reserva del futuro para la humanidad, en una época en que se agotan los recursos naturales a marchas forzadas —Ben hablaba con calma, evocando todo lo que memorizaran en su microordenador y que podía mencionar sin romper el top secret—. Así llegamos al punto clave de la investigación.

—En efecto. Tú hallas una pista y la sigues. En Inteligencia reciben la confirmación de que estás a punto de descubrir algo sensacional. Y, de repente, viene el atentado, mueren tres compañeros tuyos de Inteligencia, y tú eres internado, sin que se diga a nadie cuál es tu estado real tras la explosión del artefacto. Todo muy concreto, perfectamente conocido. Ahora bien, ¿qué averiguaste, qué pista hallaste y qué hay detrás de todo esto? Sólo tú tienes la respuesta.

—Y la respuesta se borró. No puedo darla a nadie —dijo Ben amargamente.

—Sólo de momento, amigo mío, sólo de momento —sonrió Marlowe—. ¿Te has dado cuenta de que en cualquier momento puedes recuperar la memoria y decir la verdad?

—Sí, me doy cuenta. Pero eso no ha sucedido aún.

—Espero que ocurra pronto. No me gusta sentirme intranquilo, inseguro, sabiendo que un futuro esperanzador está en peligro, que una fuente energética de incalculable valor puede llegar a ser controlada por esa gente antes que por nuestro país y, por ende, por toda la humanidad libremente.

—¿No sabéis hablar de otra cosa? —protestó vivamente Karin—. Empiezo a sentirme obsesionada con todos estos temas que estáis tratando hoy. Todo ello no hace sino recordarme las terribles horas vividas, Shelby.

—Lo siento, Karin —se excusó el amigo de Maddox—. Creo que tienes razón. Ni Ben ni yo debimos hablar de todo esto ahora. ¿No opinas lo mismo?

—Sí —Maddox suspiró, apurando su combinado y poniéndose perezosamente en pie—. Karin, querida, debes disculpamos. Shelby tiene un interés puramente periodístico en el tema. Y yo también tengo un afán profesional en todo ello, aparte la angustia que supone saber que tengo algo en mi cerebro que se ha borrado... al menos de

momento. De todos modos, siento la intuición de que sea ello lo que sea, significa un peligro cierto para todos nosotros. Esa energía, en otras manos, sería fuente de problemas, dificultades y, tal vez, violencia. Aunque los químicos que trabajan en el proyecto de conseguir la nueva energía a partir del tratamiento de esas piedras de Venus están bien vigilados y escoltados y trabajan de acuerdo con los astronautas supervivientes tras la muerte de Davis, estudiando las reacciones de los minerales de ese planeta, en cualquier momento puede ocurrir la tragedia. Lo presiento, Karin. De ahí mi inquietud, mi preocupación. Pero descuida. Tienes toda la razón para quejarte. Esta no es precisamente una reunión divertida. ¿Qué tal si ponemos algo de música en el video-disco y bailamos un poco?

—Esa sí es una buena idea, querido —rió alegremente Karin—. Pero el primer baile será para Shelby. Se lo prometí cuando estabas internado en ese horrible hospital del Ejército...

—Adelante. No me sentiré nada celoso —rió Ben Maddox jovialmente, dirigiéndose al video-disco y poniéndolo en funcionamiento. En la pantalla aparecieron las imágenes polícromas y estereoscópicas acompañando a la música de la banda sonora en el canal de bailables.

La música se extendió por el living y el jardincillo particular de los Maddox, y Karin se abrazó a Shelby Marlowe, iniciando el baile. Ben encendió un cigarrillo, aspirando el humo con lentitud.

La doncella de Karin asomó para retirar los servicios y limpiar un poco la sala. Era una joven morena, pizpireta, de breve cintura y abultados senos, cuya imagen tenía grabada Ben en su memoria electrónica. Allí, los datos acumulados sobre la chica de servicio del bungalow de los Maddox, añadía algunos datos: Simpática, algo frívola y servicial a toda prueba. Lleva seis meses al servicio de los Maddox. Buenos antecedentes. Comportamiento irreprochable.

Todo eso no encajaba, pensó de súbito Ben Maddox, al tiempo que volvía a encenderse en su mente la luz roja de alarma.

No encajaba con lo que su ojo derecho acababa de advertir en ella al pestañear Ben de la forma adecuada para utilizar sus rayos X en el microobjetivo de televisión instalado en su retina dañada.

Porque la doncella llevaba una pequeña pistola automática entre sus pechos, bajo el uniforme de servicio. Un arma que no tenía por qué estar allí, ya que en la base sólo se permitía ir armados a los

funcionarios militares, policía militar, personal de servicio y especializados como Ben Maddox.

—¿Por qué va usted armada? —preguntó bruscamente Ben, dirigiéndose a la joven.

Esta enrojeció vivamente, para palidecer luego, y de modo instintivo llevó su mano al escote. Los ojos llamearon mientras Karin y Shelby se volvían con asombro al oír sus palabras.

—¿Qué… qué dice, señor? —balbuceó, con voz sorda, retrocediendo—. ¿Yo… armada?

Ben hubiera querido morderse los labios y maldecirse a sí mismo por no saberse controlar en sus reacciones. Claro que era sólo el principio de su nueva vida, y tenía que irse acostumbrando a aquella especie de poderes extraños, científicos, que hacían de su persona un ser vagamente parecido al inefable Superman de los antiguos comics.

Pero ya no podía retroceder. Se mostró enérgico, dueño de sí, alargó su mano con decisión, la mirada fría, centelleante, fija en la doncella.

—Deme esa pistola —ordenó—. He notado su bulto.

Ella, evidentemente, sabía o creía saber que la pequeña pistola, hábilmente encajada entre sus poderosos pechos, y sujeta sin duda por algún adhesivo, no podía hacer bulto. Pero la firmeza de Maddox era implacable.

Y ella, rápida, se llevó la mano al pecho, extrayendo el arma. Pero no para entregarla, sino para disparar sobre Ben.

Karin gritó, Marlowe lanzó una imprecación y trató de saltar hacia adelante para impedir la que debía parecerles increíble acción de la doncella.

Ben vio el arma encañonándole. Luego, el plateado metal vomitó una lengua de fuego, en medio de un estampido áspero, seco y breve como el ladrido de un perro.

A cualquier hombre normal le hubiera incrustado la bala en la cabeza fatalmente. Incluso al Ben Maddox anterior, pese a su agilidad, poder físico y grandes reflejos. Pero ahora, la joven asesina se enfrentaba a una especie de superhombre de laboratorio, un ser biónico.

Y eso le salvó la vida y dio un giro imprevisible a la dramática situación.

CAPITULO IV

La doncella apuntó a su cabeza. Y a ella disparó.

Ben intuyó rápidamente esa trayectoria de la bala y de un modo instintivo, alzó su brazo artificial, cubriendo con su mano abierta la trayectoria del proyectil. Este brotó del arma cuando él se cubría justamente con aquella mano de plástico articulada como si fuera realmente de carne, hueso, músculos, tendones y nervios. En realidad, todo se debía a las señales electromiográficas procedentes de contactos implantados en su antebrazo, hombro, pecho y espalda, que le permitían mover a voluntad brazo y mano con absoluta perfección tras el período de adaptación pasado en la clínica, en el que la lógica del microordenador instalado en el brazo se adaptaba también a las señales EMG de su propio cerebro.

La bala alcanzó su mano. De ser una mano de carne hubiese sido atravesada, sin poder evitar que el proyectil fuese luego a alojarse en la cabeza de la víctima. Pero el plástico de que estaba formado su brazo tenía, entre otras particularidades, tanto la de incombustión como la de resistir cualquier temperatura y no desgarrarse por el impacto de un proyectil o de un arma contundente, tal era la resistencia y solidez de la segunda capa de materia plástica de que estaba formado.

Karin y Marlowe asistieron horrorizados a la vertiginosa escena, sin poder intervenir en ella, convencidos de que la bala, una vez salvado el obstáculo de aquella mano, iría a parar fatalmente a Ben.

El proyectil chocó sordamente en su falsa piel, sin penetrar en ella, aunque dejando una especie de mella o muesca en su palma, entre los dedos índice y corazón, y Ben supo instintivamente que estaba a salvo de aquel disparo.

Pero la mujer iba a disparar de nuevo. Reaccionó con celeridad ahora, evitando un segundo balazo. Se lanzó sobre ella con una celeridad pasmosa, y descargó su mano artificial sobre el rostro de la

agresora.

El efecto fue instantáneo. Su demoledora fuerza provocó que la nariz y boca de la doncella se quebraran con un áspero crujido, ella chilló, sacudida por un violento dolor, y se cayó hacia atrás, soltando el arma, que golpeó rápidamente Ben con la punta de su zapato, lanzándola lejos del alcance de la asesina.

Luego, cuando ya Marlowe y su mujer acudían en su ayuda, Ben fingió una imprecación de dolor, cubrió su mano artificial con su diestra y corrió al cercano cuarto de baño, donde abrió el grifo del agua con celeridad, y alzó su brazo derecho, desgarrando la piel con una hoja de afeitar, para que la sangre goteara abundante sobre la mano artificial. Luego aplicó un adhesivo a la herida, bajó la manga y rodeó con un pañuelo su mano falsa, dejando que la tela se empapase de sangre. Luego se volvió. Ya asomaban en la puerta Karin y Marlowe, este último sujetando férreamente las muñecas de la doncella, que sollozaba con su rostro ensangrentado.

—Ben, estás herido... —musitó Karin, al ver la sangre en su mano ortopédica—. Esa bala tuvo que atravesarte...

-—No, no me perforó —negó Ben con un falso gesto de dolor—. Sólo me causó un rasguño y se desvió milagrosamente, eso fue todo. Hay sangre, pero no es ni siquiera una herida.

Y se apartó, rápido, para que Karin no examinase su mano artificial, aparentemente herida. Había tenido que obrar muy de prisa para que nadie advirtiese algo sospechoso en la ausencia de heridas auténticas. Aun así, se estremeció ligeramente cuando oyó la sorprendida voz de su amigo, Shelby Marlowe:

—Es curioso, Ben...

—¿Qué es curioso? ¿Que esa mujer intentase asesinarme, Shelby? —desvió él, imaginando por dónde iba su amigo—. Hay que sospechar de cualquiera. De cualquiera. Esa joven, sin duda, fue pagada para asesinar a Ben Maddox, estoy seguro.

—Sí, me doy perfecta cuenta de ello, pero no me refería ahora a ello. ¿Sabes, Ben? Es ridículo, pero por un momento...

—¿Qué? —indagó Maddox, con falsa indiferencia.

—Por un momento me pareció que no te había herido esa bala. Que alcanzaba tu mano sin producir ni un rasguño. Naturalmente,

debió ser sólo una impresión mía.

—Naturalmente —rió Ben—. Si me llega a alcanzar la cabeza, ahora estaría muerto sin remedio. No soy invulnerable, Shelby. Sólo un hombre con bastante fortuna. Por dos veces he escapado ya a la muerte, y me temo que esto no está sino empezando...

Caminó hacia el teléfono y marcó un número que no figuraba en ninguna guía oficial. A la voz que se puso al otro extremo del hilo, le comunicó con breves palabras lo sucedido. La respuesta fue tajante:

—No llame a la policía. Nos ocuparemos nosotros de todo. Iremos a recoger a esa mujer para interrogarla. ¿Todo va bien?

—Sí, todo. Pero la bala me hirió ligeramente la mano izquierda —dijo, subrayando significativamente el término.

—Entiendo —dijo la voz—. Venga mañana aquí a hacerse una revisión. Pudo haberse dañado algo. Tenga cuidado, Maddox. Es obvio que pretenden matarle lo antes posible.

—Sí, señor afirmó Ben, irónico—. He empezado a darme cuenta de ello.

Y colgó, quedándose pensativo. Karin se aproximó a él, musitando con tono angustiado:

—Dios mío, Ben, pudiste haber muerto... Y pensar que esa chica, Sally, era de toda mi confianza...

—Eso te enseñará algo que yo he aprendido ya —sonrió Ben, acariciando los cabellos de Karin—, No pongas tu confianza en nadie. El enemigo puede estar en cualquier parte.

—Sí, he llegado a esa misma conclusión, querido...

—-¿Podré informar de esto en mi periódico, Ben? --indagó Marlowe.

—No lo sé. Consulta a Inteligencia. Supongo que no habrá inconveniente, pero yo no soy el encargado de autorizarte o no.

—Sí, comprendo —meneó la cabeza, mirando a la medio desvanecida doncella—. Diablo, Ben, le diste de lleno, ¿eh?

—No se puede tener piedad con esa gente, ni siquiera aunque sean mujeres —cortó Maddox con acritud—, Ella no dudó en intentar

asesinarme. Y quizás no sea la única mujer que está metida en todo esto.

—Es muy probable. ¿Cómo diablos pudiste advertir que llevaba una pistola? Con ese par de pechos que tiene la moza, resulta muy difícil darse cuenta de que haya otra cosa oculta entre ellos…

—Experiencia —sonrió fríamente Ben—, Tú eres periodista. Yo, agente especial de Inteligencia. Mi tarea estriba en observar a quienes me rodean. Y tratar de ver más allá de lo que ven los demás. De otro modo, no valdría gran cosa como agente, Shelby.

Este asintió, aunque quizás seguía preguntándose cómo su amigo podía tener una capacidad visual semejante. De haber conocido la razón, su estupor hubiese sido inmenso. Pero la existencia de un visor de rayos X en el ojo izquierdo de Ben Maddox formaba parte de! top secret del hombre biónico.

* * *

—Nos alegra mucho verte de nuevo, sano y salvo, Maddox —saludó cordialmente el comandante de vuelos espaciales de la NASA, Irwin Salk, estrechando su mano con energía—, Nunca he olvidado que le debo la libertad e incluso la vida. Estoy seguro de que aquella gente me hubiera terminado asesinando cuando me secuestró, pero usted apareció providencialmente para rescatarme de aquel lugar.

—Fue simple fortuna, comandante —sonrió Ben—. Su compañero Norman Davis no tuvo tanta, por desgracia.

—Eso es cierto —se ensombreció el rostro de Salk al recordarlo—. Pobre Davis… Nos habíamos llegado a compenetrar mucho, después de nuestro largo viaje a Venus. Fue un periodo inolvidable de nuestra vida. ¿Cómo va iodo en la base ahora?

—Regular nada más, comandante. Tras el robo de algunas de las piedras, las más pequeñas, es evidente que nuestro enemigo ha investigado las reacciones químicas que proporcionan Ia nueva energía, pero no harán gran cosa con tan poco material, siempre que no puedan obtener más. Y no es fácil viajar a Venus en busca de Lydnium, precisamente.

ˆ-Lo sé. Pero podría suceder que buscaran la forma de producir un Lydnium sintético aquí, en la Tierra. Eso pondría en sus manos una fuente de energía sumamente peligrosa, que podría desestabilizar la situación mundial.

-—¿Se refiere al posible uso del Lydnium como... como fuente de energía destructora? -—sugirió el comandante Salk, pensativo.

—Es una de las posibilidades, sí. Recuerde que la energía nuclear se investigaba para aplicarla pacíficamente. Y se creó la bomba atómica, la de hidrógeno, la de neutrones... El hombre no escarmienta. El Lydnium, producido en grandes cantidades, y tratado químicamente, podría producir una hecatombe mundial si sus poseedores lo utilizaran para coaccionar o amenazar a los demás.

—¿Cree que ése es su propósito?

—Estoy seguro, comandante. Sea una gran potencia o sea una organización internacional, ya sea terrorista o traficante en secretos militares y científicos, un hallazgo semejante conduciría a una situación de posible chantaje a escala mundial, muy difícil de afrontar por los Estados Unidos y sus aliados del mundo occidental, comandante Salk.

—Sí, de eso me doy perfecta cuenta —resopló Irwin Salk, con la frente ensombrecida por una serie de profundos surcos de preocupación. Luego reaccionó, preguntando a su visitante—: Bien, ¿a qué debo el honor de esta visita suya de hoy?

—Usted sabe que estoy investigando este asunto por cuenta del Gobierno. Evidentemente, sigo una buena pista desde el momento en que han intentado matarme dos veces en poco tiempo. Pero por desgracia, sufro una amnesia parcial y temporal que me impide recordar muchas de las cosas que investigué anteriormente.

—He oído hablar de ello —afirmó el comandante Salk—. ¿Se encuentra bien, a pesar de ello?

—Sí, bastante bien. Pero deseo reconstruir cuanto indagué anteriormente. Estoy seguro de que en algún punto de mis indagaciones encontré algo, un dato valioso, que puede conducimos a localizar al enemigo y desorganizar su plan. Usted, comandante, siempre me ha ayudado, así como sus compañeros Slattery y Bolton, que aún viven.

—En efecto, y me encantará poder ayudarle de nuevo. Este caso

nos pertenece a todos por igual. Nosotros cuatro trajimos de Venus las piedras y nadie sabía de su valor real como fuente de energía, salvo el personal científico y técnico de la base, así como nosotros cuatro, que descubrimos sus raras propiedades energéticas, allá en Venus, a! arrancarlas de un pedregal de inmensas proporciones. Sin embargo, de alguna forma, salió el secreto de aquí.

—Eso es. Alguien se enteró de lo que teníamos entre manos, y el proyecto Gulaxia-5 se descubrió. Usted fue raptado, Davis asesinado... Por eso, desde entonces, existe una fuerte vigilancia y protección sobre ustedes tres. No queremos que corran más peligros.

—Pero, a fin de cuentas, ¿por qué me raptaron a mí y por qué asesinaron a Davis? Yo no soy un experto en fuentes energéticas, no podía ayudarles en nada...

—Pero saben que forma parte del grupo espacial que tiene contacto con el Lydnium y sus investigaciones. Algo pretendían con su secuestro, que se malogró con mi intervención. Luego, al intentar raptar también a Davis, éste se resistió y tuvieron que matarlo. Pero es posible que vuelvan a intentarlo. Es posible que alguien crea que ustedes saben más de lo que aparentan, en realidad.

—Pero eso no es así.

—¿Está seguro de ello?

—¿Qué quiere decir? —se extrañó Salk, mirándole perplejo.

—Justamente lo que he dicho, comandante. ¿Está seguro de que no sabe más de lo que cree saber? Es posible que ustedes cuatro conozcan algún dato que ni siquiera ustedes mismos se han dado cuenta de que conocen, acerca del Lydnium y su secreto. Y como el enemigo al que nos enfrentamos es astuto y muy inteligente, así ha llegado a sospecharlo.

—Pero eso no tiene sentido, Maddox. ¿Qué podríamos saber unos astronautas de unas simples piedras que trajimos como muestras, sorprendidos por su extraña naturaleza y sus reacciones, para resultar ser luego una increíble fuente de poderosa energía, desconocida totalmente en nuestro planeta?

—Sé lo que quiere decirme, comandante. Aparentemente, no pueden saber más de lo que saben, ni pueden ayudar a nuestros expertos o a otros cualesquiera a extraer de esas piedras el secreto definitivo que las haga totalmente útiles y utilizables en nuestro

mundo. Pero cabe la posibilidad de que ese dato que desconocen o creen desconocer, esté en sus mentes y ustedes lo ignoren.

—Tal vez, pero lo dudo mucho... —meneó la cabeza -de un lado a otro, pensativo—. La vez anterior, cuando hablamos de todo esto, usted no mencionó esa posibilidad, Maddox.

—Digamos que la amnesia me ha hecho alterar bastante mis métodos —sonrió Ben con buen humor—. Tenga en cuenta que es como partir otra vez de cero, comandante.

—Sí, me doy perfecta cuenta de ello. Por eso desearía ayudarle mucho más de lo que puedo hacerlo.

—Ya lo está haciendo, comandante. Cuando lo secuestraron, ¿recuerda si le interrogaron acerca de algo especial?

—Por fortuna, usted llegó a rescatarme mucho antes de que ellos empezaran seriamente sus intentos de interrogatorios a base de torturas, pentotal y cosas así. Pero de todos modos, recuerdo que inicialmente, sólo me hicieron preguntas relacionadas con el cargamento de mineral que trajimos a bordo de la nave espacial, aspectos y características de las grandes piedras, reacciones que habíamos advenido en ellas y cosas así. Yo me negué sistemáticamente a responder y recibí algunos golpes, eso fue todo.

—Los que murieron allí, al enfrentarse a la policía militar, ¿eran los únicos a quienes usted vio durante e! tiempo que estuvo cautivo?

—Los únicos, sí. Pero hablaron en ocasiones con alguien, un jefe al que sólo conocían por teléfono, por lo que -pude deducir yo. Por desgracia, no llegué a escuchar su voz.

—Creo que es todo, comandante. Al menos, por el momento —miró en derredor, a las amplias y asépticas salas del centro de investigación espacial de la NASA, donde los astronautas se alojaban —. ¿Sus compañeros no están por aquí ahora?

—Podrá encontrarlos en el pabellón de investigaciones químicas —suspiró Irwin Salk—. Ahora están más interesados que nunca en el estudio químico de esas piedras. Creo que hoy estaban reunidos con la profesora Hawks, la directora de los laboratorios químicos de este Centro.

—Gracias, comandante. Ya nos veremos en otra ocasión.

—Cuando quiera, Ben. Estoy a su entera disposición. Y me alegro de que esos asesinos hayan fracasado con usted.

Ben Maddox salió del recinto, dirigiéndose a través de los jardines y pistas del Centro de Investigaciones Aeronáuticas de Ia NASA, en dirección a! pabellón de laboratorio, un edificio circular, de cúpula hemisférica, situado en medio de un apacible campo de bien cortado césped.

Llevaba el distintivo plástico de visitante especial, con permiso para recorrer las instalaciones, por lo que nadie puso objeciones a su paso, tras comprobar su identificación. Poco después, llegaba a un amplísimo laboratorio de grandes vidrieras que permitían entrar a torrentes la luz solar, descubriendo en él a numerosos investigadores químicos ataviados con blancos uniformes y su correspondiente identificación prendida de la solapa.

Le indicaron que Ia profesora Hawks estaba al fondo, en el laboratorio destinado a análisis especiales, y hacia allá se encaminó. Descubrió ante una larga mesa repleta de materia! químico y de instrumentos de gran precisión óptica, muchos de ellos electrónicos, a una mujer sorprendentemente joven y atractiva, con su blanco uniforme, su distintivo y en compañía de dos hombres, alto y pelirrojo uno, de raza negra, joven y atlético el otro.

Ambos se-volvieron al verle entrar. La profesora le contempló, entre curiosa y molesta por su intromisión.

— ¡Ben Maddox! —exclamó Eddy Bolton, el astronauta' negro que viajó a Venus—. Me alegra verle por aquí. Ya supimos lo ocurrido. Todos le dábamos por muerto.

—En situaciones así, es cuando más satisface verse vivo otra vez — sonrió Ben, estrechando la mano del hombre de color y la de su pelirrojo compañero.

—Hola, Maddox —saludó Jeff Slattery jovialmente—. Digo lo mismo que Eddy. Es estupendo verle de nuevo.

—Bien, caballeros, ¿puedo saber quién es este joven a quien no he visto nunca antes de ahora? —quiso saber la profesora Hawks con cierto sarcasmo en su voz.

—Oh, perdone, profesora —se disculpó Bolton—. Es Ben Maddox, agente especial de Información del Gobierno, destinado al proyecto Galaxia-5. Atentaron contra él, y estuvo internado durante más de un

mes, muy grave. Maddox, le presento a la profesora Priscilla Hawks, directora del laboratorio de investigaciones químicas de la NASA.

—Es un placer conocerla, profesora —se inclinó ligeramente Ben, cortés con la bella dama de cabellos dorados y ojos muy azules—. Creo que he venido a molestarla en su tarea, ¿no es cierto?

—No del todo —se humanizó ella un poco—. Tiene derecho a estar aquí o donde lo desee, según veo por su distintivo de libre circulación por el Centro. Ese es un privilegio que pocas personas poseen. Para usted no hay top secret, ¿verdad, señor Maddox?

—Son mi especialidad —rió Ben con buen humor—. Para investigarlos, claro

—¿Cree que aquí tenemos algún secreto?

—El *Lydnium*. ¿No lo es, profesora?

—Casi ha dejado de serlo —ella se encogió de hombros—. Mire por ese microscopio electrónico. Hay un grano de Lydnium de medio miligramo bajo la lente. Observe, por favor.

Ben se inclinó, ajustando su ojo electrónico al microscopio. Agudizó cuanto pudo la visión del microreceptor de TV.

Era un espectáculo fascinante. Miríadas de chispas, ondulaciones multicolores, con preferencia de un rojo centelleante y deslumbrador, eran visibles como si formaran, un microcosmos- de fábula, descubierto por la magia de la ampliación electrónica.

Y todo aquello lo producía sólo medio miligramo de *Lydnium*. Aterraba pensar la energía que podía liberar un bloque de veinte o treinta gramos, si esa energía se utilizaba con fines destructores. Y maravillaba la idea de poseer una fuente energética semejante, para suplir los casi agotados recursos naturales del planeta.

—Maravilloso —aprobó, apartándose de allí con expresión fascinada—. Sólo medio miligramo…

—Exacto. El *Lydnium* nos revela su poder casi mágico. ¿Imagina lo que sería poder disponer de enormes cantidades de ese mineral?

—Eso supone una expedición a Venus con el mayor peso posible de carga…

—Sí. Pero usted debe saber que buscamos hallar un mineral sintético con esas propiedades. Sería la gran solución. Porque aunque los viajes a Venus fuesen rentables, se correría el riesgo de que esas cargas fuesen a parar a otras manos, durante el viaje espacial. Y habrá comprobado que tiene un poder tan enorme para crear como para destruir. Todo depende de la aplicación que le den.

—Sí, me he dado cuenta, profesora. Pero obtener *Lydnium* sintético es aún una utopía, imagino.

—No tanto. Estamos a mitad de camino, diría yo. Muchos de sus compuestos químicos se hallan aquí, en la Tierra. Tratando minerales vulgares con esos compuestos, podrían convertir grandes piedras inútiles en auténticos bloques de *Lydnium* sintético.

—Cuidado, profesora. Eso podría ser muy peligroso, si caía en manos de alguien. No olvide que existen sospechas de que los enemigos que pretenden ese mineral pueden llegar a infiltrar espías suyos incluso aquí.

—Ya Io tenemos en cuenta. Todo se realiza secretamente. Sólo unos pocos sabemos la marcha de las investigaciones y pruebas. Y somos de absoluta confianza.

—Estoy seguro de ello —la miró, pensativo—. Nunca hubiera esperado hallar una profesora de ciencias químicas tan joven y atractiva.

—Muy amable —ella enrojeció ligeramente, desviando su mirada azul. Bajo el blanco uniforme, se adivinaban unas formas de mujer esbeltas y redondeadas, que completaban el encanto físico de Priscilla Hawks—. Creí que los agentes especiales nunca eran galanteadores.

—No lo somos. Hay quien dice que actuamos como máquinas. Las circunstancias nos obligan, profesora. Pero no traté de galantearla. Le dije la pura verdad.

—Eso aún suena mejor —aprobó ella, risueña. Miró su mano—. Veo que está casado. ¿No se sentiría celosa su mujer si le oyera decir palabras bonitas a otra?

—Seguro que si —rió Ben—. Sin embargo, no hay ningún mal en ello…

—En eso tiene razón —miró su reloj de pulsera súbitamente—. Cielos, se ha hecho ya muy tarde. Amigos míos, creo que el trabajo ha

terminado por hoy.

Eddy Bolton y Jeff Slattery, los compañeros del comandante Irwin Salk en su viaje a Venus, junto con el asesinado Norman Davis, asintieron, dirigiéndose hacia la salida al tiempo que decían a Ben:

—Vamos a almorzar al restaurante del Centro. Sirven una excelente comida. ¿Viene, Ben?

—Sí. Creo que iré con ustedes —asintió Maddox. Miró a la profesora e indagó—: ¿Usted también almuerza ahí?

—Por supuesto. Es el único lugar donde se puede comer bien en muchas millas a la redonda, señor Maddox. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque me gustaría invitarla, para celebrar el inicio de una buena amistad.

—Es usted incorregible —rió ella—. Está bien, acepto. Pero luego, si su mujer viene aquí con la intención de sacarme los ojos, la culpa será suya.

—Mi mujer es comprensiva, muy comprensiva. Sabe que en mi trabajo hay que tratar con hombres, pero también con mujeres. A veces, incluso, he tenido que seducir a alguna —recordó ciertos datos al respecto, archivados en su memoria electrónica—. Y no se sintió demasiado celosa por ello.

—¿Eso significa que va a intentar seducirme también a mí?

—¿Por qué no? —sonrió Ben—. Si usted se deja...

—Lo dicho. Es un pillo sin remedio. Pero me hace usted gracia, Maddox. Sólo por eso no le envío al diablo. Incluso acepto almorzar con usted... y que usted pague los tickets. Por suerte, los precios aquí resultan sumamente módicos.

Bolton y Slattery, discretamente, se habían adelantado escaleras abajo* dejando solos a la profesora Hawks y a Ben. Ellos descendieron con más lentitud, prosiguiendo su charla.

Momentos más tarde, entraron en un gran comedor repleto de mesas, donde almorzaba el personal del Centro de la NASA. Era un self-service con numerosos platos para elegir. Ben tomó una lata de cerveza como bebida. La profesora eligió café. Se encaminaron con sus bandejas hacia una mesa, tras pagar Ben en la caja.

—Ciertamente, tiene un buen aspecto la comida de aquí —Observó las dos bandejas—. Y tenemos gustos parecidos...

—Yo siempre como lo mismo, más o menos —sonrió la profesora de química, empezando a tomar el primer plato.

Ben la imitó. Inmediatamente, su alarma mental funcionó con precisión. Probó ensalada de su plato, y tenía un excelente sabor. Pero uno de sus microordenadores insertados en su aparato digestivo se puso en funcionamiento en el acto.

Estaba activando su reacción contra los venenos. La comida estaba envenenada.

—¡No pruebe eso! —gritó roncamente Ben, arrancando la ensalada del plato de la profesora.

Probó un poco del mismo, ante el asombro de ella, y percibió la actividad del sistema de seguridad de su aparato digestivo electrónico, separando el tóxico del alimento.

—También su ensalada está envenenada, profesora —dijo con voz ronca—. Han querido matamos a ambos...

CAPITULO V

—Un veneno vegetal incoloro, inodoro e insípido... —suspiró la profesora Hawks, tras mirar por el microscopio el resultado del análisis de los alimentos envenenados. Alzó sus ojos azules, muy abiertos y asombrados, para mirar a Ben Maddox—. ¿Cómo pudo darse cuenta de su existencia en la ensalada, Maddox? Ninguna persona notaría absolutamente nada, hasta que su corazón se paralizase por efecto del tóxico mezclado en su sangre...

—Los agentes recibimos un entrenamiento especial para detectar sabores extraños —mintió Ben fríamente—. Era un sabor muy leve. Pero lo percibí.

—Es usted un verdadero genio, si pudo notar eso —comentó ella, aún perpleja. Luego, la otra interrogante la asaltó—. Dios mío, ¿quién

pudo intentar asesinamos a los dos? Tal vez fue un error…

—No, no hubo error, profesora. Usted trabaja en este proyecto. Alguien no desea que llegue muy lejos en la búsqueda del Lydnium sintético. Yo investigo en busca de un enemigo misterioso y anónimo. Ambos estorbamos a alguien, y planearon esto con rapidez, con mucha rapidez. Hace unas horas, yo ni siquiera sabía que estaría aquí, con usted.

—¿Quién pudo hacerlo? —musitó el pelirrojo Slattery con expresión sombría.

—Sí, ¿quién? —corroboró el negro Eddy Bolton rascándose su rizosa cabellera—, ¿No fue casual que usted bajase a almorzar al restaurante del Centro?

—Sí. Solamente la profesora y ustedes dos lo sabían unos momentos antes. Luego, nos vieron llegar los empleados del restaurante.

—Las bandejas de los alimentos sólo pasaron por nuestras manos —señaló la profesora, pensativa—. Nadie manipuló esos platos. Usted tomó el suyo, yo el mío… ¿Cómo saber nadie qué plato precisamente íbamos a tomar?

—Eso es cierto —asintió Ben—. Por tanto, la lógica nos dice que los platos estaban bien cuando los tomamos del mostrador. Tuvo que ser entre ese momento y la mesa cuando alguien puso el veneno dentro.

—Pero ¿cómo? No soltamos las bandejas un solo momento…

—Espere —la interrumpió Ben—. Sí las soltamos. Apenas unos diez o quince segundos. Con la mitad del tiempo tendría suficiente una persona experta en derramar el veneno en la ensalada sin ser vista.

—¿Cuándo? —quiso saber Priscilla Hawks.

—En caja. Cuando pagué los tickets. Dejé la bandeja en el soporte, junto a la suya, profesora. Lo recuerdo muy bien. Usted recogió los tickets y yo los aboné. Comentamos algo, miramos en busca de una mesa, y luego recogimos las bandejas. El resto está claro. Allí fue donde envenenaron ambos platos.

—¿Por quién? Sólo estaba la cajera…

—Eso es: la cajera —afirmó Ben con energía, irguiéndose—, Vamos abajo. Espero que las autoridades del Centro no hayan dejado salir a ningún empleado del recinto…

Corrió escaleras abajo nuevamente. Le siguieron la profesora y los dos astronautas. Cuando llegaron al restaurante, Ben respiró con alivio. La policía militar estaba de guardia ante la puerta del recinto, cerrada por fuera.

En el interior, el servicio de mostrador permanecía agrupado junto a la puerta de la cocina, cuchicheando excitadamente. Ben mostró su credencial y pidió entrar. Los policías militares le franquearon el paso. El joven rogó que dejaran pasar con él a la profesora y a los dos astronautas. Hubo una duda en los policías, pero cedieron a su demanda.

Los empleados se volvieron hacia ellos. Ben parpadeó varias veces. Se activó Ia visual de rayos X de su ojo izquierdo. Con su pupila derecha podía ver normalmente la escena. Con su pupila izquierda. convertida en microcámara, sólo descubría esqueletos humanos, a través de las ropas, salpicados aquí y allá de objetos metálicos inofensivos. Nadie tenía armas.

Centró esa visión en la cajera, que hacía balance junto a su registradora, con aire inocente. Descubrió algo en una de sus muelas, un empaste insólito. Y una jeringuilla cuya metálica aguja permitía adivinar el resto del objeto. Esa jeringuilla la ocultaba la mujer en su brazo izquierdo, a la altura de su hombro, bajo la manga larga y cerrada.

—Usted dijo secamente Ben Maddox, parándose ante ella—. No intente nada, señorita. No se mueva ni toque la jeringuilla con la droga que lleva en su brazo izquierdo.

La cajera palideció mortalmente, miró con estupor hacia su brazo, donde nada hacía suponer la existencia de la jeringuilla. La profesora Hawks clavó una mirada incrédula en Ben.

—¿Qué es lo que dice, señor? —protestó ella vivamente.

Y algo hizo con su lengua en la cavidad bucal, porque los rayos X de Ben captaron movimiento en la muela, un desplazamiento lateral de la mancha negra que formaba el empaste.

—Sé que usted envenenó la comida. Esa jeringuilla, haciéndola descender por su brazo, vierte las gotas precisas en cualquier plato.

También serviría para suicidarse usted en caso de apuro…

Aferró su brazo por debajo de la jeringuilla, cuya aguja era visible para él, y simultáneamente, descargó un fuerte golpe en la nuca de la cajera. Esta exhaló un grito ronco y, sorprendida por el impacto, al abrir su boca, dejó escapar algo que rebotó en el mostrador, quebrándose.

Era una cápsula de material plástico quebradizo, que derramó una sustancia oscura y densa, visible a los rayos X. Un veneno mineral, sin duda.

—Tenía varios recursos para matarse, llegado el caso, ¿eh, encanto? —silabeó Ben Maddox, reteniendo a la envenenadora con su férrea mano izquierda, de cuya presión ella no podía escapar en absoluto por mucho que forcejease.

Eddy Bolton avisó a la policía militar y éstos entraron rápidamente en la sala, esposando a la cajera. Ben respiró hondo, mirando fríamente a la arrestada.

—De modo que están utilizando mujeres últimamente, en su afán de deshacerse de mí… —Ben miró de soslayo a la profesora Hawks con una sonrisa amarga—. Menos mal que a usted también intentaron matarla… Si no, también sospecharía de su persona, profesora Hawks.

—Eso ya no ha sido ningún cumplido, señor Maddox —replicó ella, sarcástica.

—No quiero ofenderla, créame, pero hará usted bien en no fiarse de nadie, de aquí en adelante. Su vida corre tanto peligro como la mía.

—Sí. Y yo no tengo esa vista de lince que usted ha demostrado tener, para adivinar o intuir lo que llevaba esa mujer consigo.

Había una extraña, enigmática ironía en su tono de voz, que preocupó a Ben. ¿Se había dado cuenta Priscilla Hawks de que él no era un hombre como los demás?

Primero había sido la detección del veneno. Luego, la visión de la jeringa, de la cápsula tóxica en la dentadura de la envenenadora…

Caminó hacia la salida del laboratorio, mientras ella le contemplaba largamente.

—¿Se marcha ya? --preguntó.

—Se me ha quitado por completo el apetito, por el momento —asintió Ben—, Nos veremos otro día, profesora. Y recuerde: no se fíe de nadie. Absolutamente de nadie.

—¿Ni de usted? —rió ella suavemente.

—Bueno, siempre hay excepciones, pero no muchas —bromeó él, añadiendo luego más serio—: Recuerde que la mano criminal ha logrado llegar incluso hasta un sitio tan seguro como éste. Esa mujer es sin duda una asalariada, alguien que hizo eso por dinero o bajo, coacción, pero por ella no sabremos gran cosa. La inteligencia que mueve los hilos de esta trama no se deja ver nunca. Sólo sé que tiene largos los tentáculos, y es capaz de llegar a cualquier parte.

Salió de los laboratorios. La profesora Priscilla Hawks volvió su atención al trabajo de análisis químico, pero su mente estaba lejos de su trabajo. En esos momentos. Lo dejó con un suspiro yendo a! ventana! y mirando al exterior. Vio alejarse a Ben Maddox hacia el aparcamiento del Centro de Investigaciones Astronáuticas, donde dejara su vehículo.

—Ese hombre tiene algo extraño —murmuró para sí la profesora—. Me gustaría saber lo que es. Me fascina. Me atrae… pero me inquieta a la vez. Es como si hubiera en él algo que no es… *humano*.

Apartó de su mente esa idea que se le antojaba absurda al formularla, y regresó junto a su tarea, intentando concentrarse en ella.

* * *

Ben Maddox descendió de su vehículo frente a los edificios situados en la zona residencial de la base, donde se alojaban las familias de los altos funcionarios, personal especializado —como él—, y otras diversas actividades, dentro de! complejo mundo militar y civil que dependían del Gobierno y que controlaban y servían de cerco de seguridad a todas las actividades espaciales de los Estados Unidos de América, en unos tiempos en los que la conquista del espacio se había empezado a hacer vital para las grandes potencias, tanto en su aspecto puramente técnico y científico como en las necesidades

energéticas, el dominio del mundo desde otras atalayas más allá de nuestra atmósfera, la instalación de colonias para un futuro que tal vez estaba demasiado cercano, y en el que el Hombre tendría que abandonar el planeta Tierra para buscar nuevos horizontes vitales.

Caminó por el sendero serpenteante entre el césped y los setos, en dirección al bungalow que él ocupaba con Karin, pensando en toda esta existencia suya de ahora, en la que carecía de otros recuerdos que no fuesen los grabados en su mente de forma electrónica, sólo a base de datos prefabricados, se decía si no estaría viviendo un gran absurdo, y habría dejado tiempo atrás de ser un auténtico ser humano. Justamente cuando voló por los aires a causa del explosivo criminal.

Cierto que Ben Maddox existía. Había sobrevivido. Pero su cuerpo era una extraña y delirante mescolanza de tejidos vivos y de injertos artificiales, de prótesis que le convertían en una especie de superhombre, por un lado, para quitarle humanidad por otro. En cierto modo, se sentía como una máquina casi perfecta, al servicio de un organismo que le utilizaba fríamente para cumplir una misión, y nada más.

Después de todo, ¿cuál había sido su niñez, cuáles sus primeras vivencias auténticas? No lo sabía. No podía recordar nada, salvo su biografía, fríamente recompuesta, como las piezas de .un puzzle, por los expertos en biónica del Gobierno. Ni siquiera podía estar seguro si era capaz de amar y sentir exactamente como los demás humanos.

Sus sentimientos hacia Karin, su propia esposa, eran confusos, inseguros. Aquello podía ser amor o simple atracción física. Terminaría siendo simple rutina, quizás. ¿Cómo amaba y sentía el verdadero, el inicial Ben Maddox a la mujer elegida como esposa? Tal vez nunca lo sabría.

¿Se había dado cuenta Karin de que algo había cambiado sustancialmente en él? Las mujeres tienen a veces un raro sexto sentido para esas cosas. Y él convivía con Karin como si fuese un hombre normal. Sólo que no lo era. Quizás Karin sospechaba algo y callaba.

Esa misma sospecha la había captado fugazmente en la profesora Hawks. Su modo de actuar en el Centro de Investigación de la NASA había tenido que resultarle extraño y anormal a la profesora. ¿Qué pensaría de él?

Tal vez estaba preocupándose demasiado por Priscilla Hawks. Era una mujer hermosa, pero eso era todo. No debía desviar su atención hacia otras mujeres. Estaba Karin.

Si pudiera localizar en su memoria perdida, en algún rincón en blanco de su mente, el recuerdo de sus anteriores sentimientos hacia Karin...

Las luces del bungalow estaban encendidas. Ben avanzó resueltamente, tratando de no pensar en todo eso. Ella no debía verle preocupado. Era mejor fingir que todo iba bien. Que él era el de siempre.

Se sorprendió. La puerta de la casa estaba abierta. Vio volcada una silla y rota una vidriera. Miró en derredor, cauto.-

— ¡Karin! —llamó—. ¡Karin, querida! Soy yo, Ben...

Ella no respondió. A pesar de todas las luces, la casa parecía desierta. Una rara inquietud se apoderó de él. Avanzó, en guardia. Sus mecanismos electrónicos se activaron bajo el efecto de la tensión. Poseía una rara sensibilidad, inoculada sin duda artificialmente en su organismo para detectar la presencia de algo anormal.

Descubrió también una lámpara volcada, y un vaso que había caído, dejando una mancha de zumo de frutas en la moqueta. Su mano, rápidamente, buscó un arma,

— ¡Karin! —repitió.

Era extraño aquello. En el interior de la base, en buena lógica, nada podía ocurrir porque el control era absoluto en todo el recinto, y aquélla era área restringida para quien no perteneciese a la misma. Pero aun así y todo, una simple doncella había intentado matarle. Con la gente a la que se enfrentaba, no se podía estar seguro de nada.

Recorrió toda la casa sin encontrar rastro alguno de Karin. Había cosas en desorden en el living y en el dormitorio. El resto permanecía intacto, normal. Se quedó pensativo en medio de la vivienda vacía. Tendría que informar a las autoridades de la base para que intervinieran en todo aquello.

Sonó el teléfono. Ben lo miró largamente. Luego, avanzó para descolgarlo.

—Ben Maddox —dijo secamente—. ¿Quién llama?

—Escuche, Ben Maddox -—sonó una helada voz impersonal, al otro extremo del hilo—. Su esposa está con nosotros.

Se estremeció. Sus sospechas se confirmaban. Endureció el gesto de su cara, y apretó con rabia el teléfono. Este crujió bajo la presión de su mano artificial. Si hubiera continuado presionándolo, lo hubiera destrozado.

—¿Quién habla? —preguntó, tenso.

—Vamos, no sea ingenuo. Sabe que no se lo voy a decir. Karin Maddox está en nuestro poder. Ella es la garantía de que va a dejar el asunto que lleva entre manos, presentando su renuncia al mismo. Es la única condición que se le pone para poder ver viva nuevamente a su esposa.

—Tal vez esté usted mintiendo. ¿Quién me garantiza que tiene a mi esposa con usted, ni siquiera que ella esté viva?

—Compruébelo por sí mismo —rió la voz. Y tras una corta pausa, fue la voz de Karin la que llegó a oídos de Ben, con una nota patética en su tono.

— ¡Ben, soy yo! Oh, Ben, querido, no te alarmes por mí. Estoy bien. Me han secuestrado y me tienen con ellos, pero de momento nada me ocurre ni…

—Eso basta —cortó el hombre, interrumpiéndola—. Como habrá oído, sigue viva y está en nuestras manos. ¿Qué decide?

—No sé, no puedo decidir de momento —jadeó Ben—. Deme algo de tiempo para pensar.

—No tiene mucho. Le concedo toda esta noche. Mañana, a las nueve en punto, le llamaré de nuevo. Para entonces, queremos una respuesta definitiva, o Karin Maddox será ejecutada sin demora. Elija usted mismo, amigo.

Sonó un clic, y se cortó la comunicación. Ben Maddox permaneció unos momentos mirando el teléfono, pensativo, haciendo funcionar su mente sin ayuda de ningún adminículo electrónico.

No entendía cómo los raptores pudieron entrar en la base y menos aún sacar de ella a su mujer sin que nadie lo advirtiera ni les fuese dado el alto por las patrullas de servicio. Era un completo misterio de difícil solución.

Miró su reloj. Disponía justamente de doce horas para intentar algo, lo que fuese. Lo primero era informar a sus superiores y a la propia base. Los raptores no le habían prohibido nada en ese sentido. Pero era obvio que si intentaban rescatarla, la matarían sin dudar un momento.

Empezó a hacer llamadas. Informó a Lorrimer y al coronel Plummer. Luego, llamó a la Sección de Seguridad de la base. Y, finalmente, a su amigo Shelby Marlowe, que le prometió acudir a toda prisa a la base.

Momentos más tarde, eran varios los vehículos oficiales que llegaban al área restringida, así como las patrullas militares y los encargados de Seguridad revisaban minuciosamente el bungalow y sus alrededores, en medio de la natural conmoción de todo el vecindario de la zona.

—Esto no tiene sentido —objetó Scott Bixby, jefe de Seguridad de la base—. ¿Cómo pudo entrar aquí un intruso o varios, y llevarse de la propia base a la señora Maddox?

—No me lo pregunte a mí, señor —fue la seca réplica de Ben—. Lo cierto es que ha ocurrido, ¿no? ¿Pueden comprobar si una llamada recibida aquí hace diez minutos pudo proceder del interior o del exterior del área cercada?

—Claro —llamó a la centralita, pidiendo datos al respecto. Al fin, colgó con gesto ceñudo—. Usted gana, Maddox, la llamada vino del exterior, directa a su número. Pero no se puede ya localizar su origen exacto.

—Lo sé. Ahí tiene una respuesta, señor. Hablé con los raptores y con mi esposa. A ella la sacaron ele esta base. No me pregunte cómo, porque no lo sé. Pero ha sido así.

—Obremos con sentido común —terció Kelly Lorrimer serenamente, interviniendo en la conversación, tras revisar toda la casa con aire minucioso—. Es evidente que hubo algo de violencia, que su esposa se resistió, Maddox. Luego, debieron reducirla y llevársela. Si esos hombres lograron entrar, es que llevaban tarjetas de identificación perfectamente falsificadas, y obraron sin despertar sospechas. Saldrían de igual modo, pero llevando consigo a su esposa de alguna forma que aún no imagino. Interrogaremos a los servicios de vigilancia en los accesos a la base. Allí se guarda riguroso control de todas las visitas, entradas y salidas, registrando las tarjetas de

identidad, con sus nombres y números. No hay otra posibilidad de entrar y salir de aquí, ustedes lo saben tan bien como yo.

Se iniciaron las pesquisas. Solamente existían tres accesos a la base, todos controlados por medio de sistemas electrónicos de gran seguridad y patrullas de policía militar. No se habían registrado entradas ni salidas sospechosas en absoluto. Comenzó la revisión de datos registrados en los controles.

Llegó Shelby Marlowe. Le costó algo entrar, porque se habían incrementado las medidas de seguridad. Fue preciso llamar al propio Scott Bixby, de Seguridad, para que el periodista fuese autorizado a pasar. Se reunió con Ben, observando las investigaciones del personal de la base en aquellos momentos.

—Lo siento, Ben —dijo sordamente—. ¿Cómo pudo ocurrir?

—Nadie lo sabe —suspiró Maddox, nervioso e irritado—. De momento, Karin no corre peligro. Pero hay algo en todo esto que no me gusta. Es demasiado fácil la forma de recuperar a mi mujer, según los raptores. ¿Cómo pueden ellos estar seguros de que yo cumpliré mi palabra, si pido retirarme del caso? Podría volver apenas la recupere, y ellos tienen que haberlo pensado.

—¿Piensas que, pese a todo, Karin corre peligro?

—Sí. Algo me dice que sí, Shelby. Tengo que rescatarla como sea.

—¿Tú? No es posible. No puedes hacer nada, salvo confiar en los demás. Esa gente estará ya lejos de la base. Y son poderosos, tú lo sabes.

—Claro que lo sé. Tienen gente suya infiltrada en todas partes. Esta tarde pude haber muerto envenenado en el Centro de Investigación de la NASA, de no haber sido porque detecté el tóxico en la comida —y explicó rápidamente a su amigo lo sucedido.

Shelby Marlowe le escuchó, ceñudo. Luego afirmó lentamente:

—Tal vez tengas razón. Usan a Karin como un modo de coacción contra ti. Pero una vez liberada ella, saben que podrías seguir en el caso. Quizás esperan justamente que hagas lo que has dicho: ir a liberarla. Ella puede ser el cebo, Ben.

—Ya lo he pensado —asintió Maddox—. Aun así, tengo que intentarlo. Toda esta rutina no sirve de nada. Claro que habrán

entrado y salido sin que nadie sospechara. Les sobran recursos para eso.

—Entonces no hay lugar seguro en el mundo al que ellos no puedan llegar.

—Empiezo a pensarlo, Shelby. Hay alguien endiabladamente listo detrás de todo esto.

En ese momento, con aire agitado, Scott Bixby y el coronel Plummer se aproximaron a ellos. Traían consigo una cinta de computadora partida.

—Ya lo encontramos —dijo con excitación el jefe de Seguridad de la base—. Fueron tres hombres. Dos por una puerta, y uno por otra. Utilizaron identificaciones falsas. Pero la computadora no pudo detectar eso, porque usaron las de personas autorizadas. No falsificaron esas identificaciones, sino que las robaron. Y ahora hay que tratar de localizar a los tres miembros de! personal de esta base que han desaparecido, siendo suplantados por esos otros intrusos.

—¿Y el parecido físico? —indagó Marlowe, sorprendido—. Esas tarjetas, además del número de código y de su sensibilidad a la computadora de control, llevan una fotografía, unas huellas dactilares...

—Nadie notó nada sospechoso. Por tanto, debieron buscar gente con un gran parecido o se caracterizaron igual que ellos.

—¿Y para sacar a Karin Maddox de aquí? —objetó Shelby Marlowe.

—Eso aún no se ha explicado. Pero al parecer, dos de ellos vinieron con un vehículo militar. Se revisan todos, pero aun así, es factible practicar en uno un escondrijo capaz de ocultar a una mujer. Tuvo que ser de ese modo. No hay otro.

—Pero todo eso no aclara dónde puede estar ahora mi esposa —murmuró Ben sombrío—. Y sólo tengo doce horas escasas para decidir...

—Anuncie oficialmente su retirada' del caso —le sugirió Lorrimer—. Nosotros cursaremos su solicitud como si fuese real, y quedará aparentemente desligado de todo. Eso puede convencerles, y soltar a su mujer, Ben.

—Si fuera tan sencillo... —dudó Ben—, Ellos saben que puedo hacer eso. ¿Por qué me piden solamente tal cosa? No tiene sentido alguno que se ocupen de montar tan hábilmente un secuestro dentro de la propia base, para después dejarse engañar ingenuamente,

—¿Creo que hay algo más?

—Sí. Sólo que no sé lo que pueda ser.

—No desespere. Vamos a ponemos todos en movimiento para tratar de localizar y rescatar a su esposa, Ben. Las medidas de seguridad se incrementarán aquí y no volverá a suceder nada parecido. Ahora no bastarán las tarjetas de identificación. Todos tendremos que sometemos a un test de control minucioso, para entrar o salir de la base.

—Es tranquilizador, pero un poco tardío —comentó con sarcasmo Ben Maddox, alejándose hacia el interior de la casa.

Lorrimer, el coronel Plummer y Scott Bixby se miraron en silencio, sin comentar cosa alguna. Marlowe siguió a su amigo al dormitorio del matrimonio. Ben se había sentado en el lecho, mirando la fotografía de Karin que reposaba en la mesilla. Había una expresión sombría en su joven y enérgico rostro.

—Si le hacen algún daño, no pararé hasta destruirles a todos —dijo sordamente, apretando los puños—. Esos canallas sin conciencia,..

—Cálmate, Ben —le pidió su amigo—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No creo. Este es asunto mío, Shelby.

—Pero ellos van a investigar...

—Ellos recorrerán la región palmo a palmo, revisarán todo por tierra y aire, pero seguramente no darán con rastro alguno. Los raptores son muy astutos y habrán previsto todo eso. No parecían temer nada de que yo informase a mis superiores.

—Es un rapto extraño, ¿no te parece?

—Sí, lo es. Cada vez veo menos claro Io que realmente se proponen.. Entran aquí y en vez de reducir a Karin y esperarme a mí para eliminarme fácilmente, se les ocurre raptarla a ella y ofrecer su liberación a cambio de mi renuncia a investigar el caso que llevo entre manos... Hay algo en todo esto que no funciona bien, y me

gustaría saber lo que es, Shelby. Tiene todas las trazas de una trampa, de una maniobra dilatoria o de distracción, con algún objetivo que no logro sospechar, pero que...

Se detuvo de repente. Le miró Shelby con sorpresa, a! captar en el rostro de su amigo una rara tensión. Los verdes ojos de Maddox brillaban extrañamente.

—¿Ocurre algo? —indagó el reportero con voz ronca.

Ben le Hizo un rápido gesto de que guardara silencio. Se puso en pie lentamente, sin hacer ruido. Parecía estar escuchando algo que sólo él podía oír, la mirada fija en el vacío.

Shelby Marlowe no podía ni siquiera imaginar lo que pasaba por él en estos momentos. Al apartar su mente de la zozobra y angustia natural producida por el rapto, había logrado captar el funcionamiento de una de las piezas altamente sensibles que el doctor Shields injertara en su organismo.

El electrodo detector de explosivos... ¡estaba funcionando!

Eso significaba que allí, cerca de él, en alguna parte, un ingenio explosivo estaba activado.

—Ahora creo entenderlo —susurró Ben, rígido y en absoluta tensión todo su ser—. Una maniobra de distracción, eso era... Shelby, sal de esta habitación. Sal de la casa, y haz salir a los demás contigo. Ordenadamente, sin prisas.

—Pero Ben...

—No me interrumpas. Hay un explosivo en alguna parte de la casa, no sé dónde, ni el tiempo de que disponemos para desactivarlo o hacerlo estallar. Salid todos. Díselo al coronel Plummer. Que traigan artificieros, si aún es tiempo. Que adopten precauciones y desalojen toda la zona. Puede ser potente.

—Sí, voy enseguida, Ben, pero ¿cómo puedes tú saber que....?

—No hay tiempo de explicaciones. Vete ya.

Shelby abandonó con rapidez la estancia, muy pálido su rostro. Ben se movió lentamente por la estancia. Percibió el diferente zumbido de su detector electrónico de explosivos. Si se alejaba del oculto artefacto, se debilitaba la señal. Si se aproximaba, esa señal se hacía

intensa en su organismo.

Se paró en seco. Miró al punto donde tenía que estar el explosivo.

La mesilla de noche. Algún punto bajo el retrato enmarcado de Karin. Era allí.

Se movió despacio. Podía estar a punto de estallar en cualquier momento. Y esta vez no habría remedio. Ben Maddox volaría con el bungalow irremisiblemente. El no estaba preparado para desactivar un explosivo. Sólo quería saber cuál podía ser su naturaleza y tamaño. No debía ser muy grande, pero sí muy potente. Lo bastante para destruir toda la casa, alcanzándole estuviese donde estuviese.

El rapto de Karin empezaba a tener sentido. Distraído con el suceso, angustiado por su desaparición y preocupado por su suerte, él no pensaría que, al ser ella raptada, sus aprehensores habían dejado como huella de su paso un artefacto capaz de terminar definitivamente con Ben Maddox.

Activó su célula eléctrica del ojo izquierdo. Parpadeó, conectando el microreceptor de rayos X.

Allí estaba. Situado debajo de la mesilla., adherido a ella. Era del tamaño de un paquete de cigarrillos. Metal oscuro, cuadrangular. Con un sistema de reloj silencioso. Podía ver el mecanismo con claridad suficiente. No había tictac, pero estaba conectado para una hora concreta.

Agudizó la visión de rayos X cuanto le fue posible. El detector de explosivos le transmitía una fuerte vibración. La carga debía de ser altamente destructiva, tal vez un derivado de nitroglicerina en alta concentración, o cosa parecida.

El reloj estaba conectado para las nueve en punto. Miró su propio reloj. Tuvo un estremecimiento.

Las nueve menos diez.

Había detectado muy a tiempo la presencia del explosivo. De no ser un hombre biónico, no habría salido vivo de aquello. Ni muchas otras personas tampoco. El desastre estaba a punto de producirse.

Salió del dormitorio. Shelby y los demás habían abandonado la casa. Los artificieros de ¡a base aún no habían llegado, pero oyó carreras y voces fuera, señalando la rápida evacuación de Ía zona

residencial. Una sirena sonó en la distancia. Ya estaban en camino para desactivar la bomba.

Descolgó el teléfono y marcó el número dé Seguridad. Informó, escueto:

—Salgo de la casa. La bomba está bajo la mesilla de noche de mi esposa. Es pequeña y potente, quizás un compuesto concentrado de nitroglicerina. Tiene un sistema de relojería silencioso. Activada para las nueve en punto. Informen a los artificieros. Puede ser muy peligroso manipularla. Creo que sería preferible dejarla estallar.

—Entendido. Informaremos al coche de artificieros por radioteléfono, y que ellos decidan. Salga usted inmediatamente de la casa, Maddox. Son las nueve menos ocho minutos.

—Correcto —afirmó Ben fríamente, compaginando la hora—, Ya salgo. ¿Han desalojado ¡as casas inmediatas?

—Absolutamente todas, si.

Ben colgó. Caminó hacia la salida. El coche de artificieros, con su luz roja girando vertiginosamente en el techo del vehículo, venía lanzado a través de Ia amplia zona vallada de la base.

Se alejó. Vio detenerse a los artificieros. Entraron dos de ellos en la casa. Ben consultó su reloj, ya a prudencial distancia. Las nueve menos cinco.

A las nueve menos tres minutos, salieron los artificieros de la casa. Se apresuraron a alejarse del bungalow. La zona estaba desierta ya. Por un altavoz, sonó la voz de Scott Bixby alertando al personal:

—Atención, atención. Bomba de alta potencia en un bungalow de la base. Los artificieros consideran preferible dejarlo explosionar. Si se manipula, estalla en el acto la carga. Es altamente sensible a todo contacto. Programada para estallar a las nueve en punto. Desalojen todo. Aléjense lo más posible de ese sector. Atención, atención...

Las nueve menos dos minutos. Ben Maddox se reunió con Lorrimer, el coronel Plummer y Shelby Marlowe, junto al edificio de oficinas.

—Estaba seguro de que había una trampa, pero no sabía dónde —comentó Ben entre dientes.

—Es increíble, Ben —jadeó Marlowe a su lado—. ¿Cómo pudiste

saber que había una bomba, localizarla tan rápidamente y sospechar que sería peligroso manipularla?

Plummer y Lorrimer se miraron en silencio, esperando la respuesta de Ben a tan difícil pregunta. Maddox, encogiéndose de hombros, se limitó a una evasiva:

—Una vez intuido el peligro, no era difícil imaginar el resto, Shelby...

Las nueve menos un minuto.

—Es posible que vuelen más de un bungalow —comentó Plummer entre dientes—. Esos malditos terroristas...

—Esta vez se quedarán satisfechos —sonrió duramente Ben—. Cuando sepan que el artefacto estalló, no tienen por qué saber que yo he sobrevivido. Digan que perecí en la explosión, coronel. De momento, mi aparente muerte puede facilitarme mucho las cosas.

—Pero si hay espías por doquier, pronto lo averiguarán —objetó Lorrimer.

—No importa. Me basta con que lo crean por unas horas. Me ocultaré y veré el medio de no ser conocido. Yo...

Las nueve en punto. Las agujas habían ¡legado al nueve y al doce, respectivamente. Ben enmudeció, clavando sus ojos en la casa que había sido su hogar con Karin.

La explosión fue formidable. Un verdadero cráter se abrió donde estaba el bungalow, éste se arrugó y disolvió en astillas por los aires, en medio de una llamarada cegadora y un estruendo ensordecedor. Varios edificios colindantes temblaron, se agrietaron y estallaron sus vidrios. Las llamas alcanzaron a uno de ellos. Los bomberos, dispuestos frente al lugar, se precipitaron inmediatamente a la tarea de salvar el mayor número posible de viviendas.

Pero donde se alzaba antes la ocupada por los Maddox, sólo había ahora un montón de negras ruinas llameantes, entre tierra removida, elevándose el denso humo hacia el cielo. Las sirenas de la base sonaban agudamente por todas partes.

Ben respiró hondo e inclinó la cabeza. Crispó sus manos, rabioso por no poder tener entre ellas al autor de aquel desastre. Se preguntó qué le sucedería ahora a Karin, sabiendo ellos que Ben Maddox había

perecido en la explosión.

Fuera, a bastante distancia de la base, un hombre presenciaba lo ocurrido contemplando las llamaradas y la humareda a través de sus poderosos prismáticos.

Sonrió, bajando los mismos, y conectó el radioteléfono de su coche.

—Ya estalló —informó alguien—. A las nueve en punto, como estaba previsto. No ha quedado nada de la casa.

—¿Y Maddox? —preguntó la sorda voz al otro lado del hilo.

—Aún no puedo saberlo. Es probable que haya muerto. Informaré con lo que sepa, apenas den ellos un comunicado oficial.

—Bien. Estaré esperando —y se cortó la comunicación.

El vigía puso en marcha su coche, tras mirar por última vez la base, en la que los coches- de bomberos combatían el fuego provocado por la poderosa explosión. Un gesto de triunfo asomaba al rostro del hombre.

Aquella misma noche, a las diez, la radio transmitió un boletín de urgencia, notificando del siniestro en una base de Ia NASA y del Gobierno de los Estados Unidos.

Había que lamentar varios heridos y un muerto, explicó el boletín. El nombre del muerto era Ben Maddox.

CAPITULO VI

Nadie hubiera identificado en aquel hombre a Ben Maddox, el hombre biónico.

El individuo tenía cabellos blancos, caminaba encorvado, su rostro aparecía cubierto de arrugas y unas gruesas gafas ocultaban sus ojos tras los cristales. Sobre la boca apretada, colgaba un lacio bigote blanco.

Había sido una excelente obra de caracterización de los expertos

del Gobierno. Ni la propia Karin hubiese reconocido en aquel hombre a su esposo joven y arrogante.

Ben había abandonado la base sin explicar adonde se dirigía. Su solicitud de disponer de doce horas para él solo, fuera del recinto restringido de la base, le había sido concedida por el coronel Plummer. Nadie le preguntó qué pensaba hacer, pero todos tenían una idea aproximada acerca de sus intenciones.

Sabían que iba a intentar rescatar a Karin antes de que fuese demasiado tarde.

Porque ahora, oficialmente dado por muerto Ben Maddox, ¿qué valor podía tener para ellos la vida de Karin Maddox? Cierto que podían dejarla en libertad, pero para aquella gente resultaría más seguro deshacerse de ella. Eran implacables en sus medidas, claramente lo habían demostrado con el poderoso artefacto situado en casa de los Maddox.

Ben llegó hasta el punto .donde se iniciaba la carretera, fuera del área acotada por el Gobierno, a no más de media milla de las alambradas y de las patrullas militares de control.

Era la ruta hacia la cercana ciudad, la carretera general del Condado. Miró en ambas direcciones. Circulaban bastantes vehículos incluso a aquellas horas de la noche. Los faros pasaban rápidamente ante él, y oscuros objetos de metal eran engullidos por las sombras de la noche, camino de alguna parte.

Ben conducía un vehículo no oficial, sin distintivo alguno militar o civil que lo pudiera relacionar con el Gobierno y sus actividades. Era un viejo coche de los que había en la base para su uso en casos así. Sin embargo, en su interior había sofisticados elementos para un momento de emergencia. Pese" a su matrícula aparentemente vulgar, ésta estaba registrada en todos los centros policiales del país como perteneciente a un vehículo de trato preferente en cualquier circunstancia.

El coche estaba provisto de faros de luz infrarroja, que él proyectó sobre el asfalto de la carretera. Un leve parpadeo de su ojo izquierdo situó la microcámara de TV oculta en su retina en el punto sensible a los infrarrojos.

Como esperaba, algo brilló en el asfalto, ante sus ojos. Era una especie de fosforescencia color cobrizo, que ya antes había detectado en el camino de tierra que conducía desde la base a la carretera.

Residuos minerales de una característica muy especial.

Una llamada a los laboratorios de la NASA le había dado el informe deseado. Según ese informe, quienes manipulaban el Lydnium de Venus sufrían en sus epidermis de una coloración cobriza, visible sólo con infrarrojos. También esa coloración se producía en los objetos cercanos a las piezas de Lydnium. No eran nocivas las manchas, pero sí persistentes y lo bastante intensas para tener una prolongada existencia, dispersándose durante largo espacio de tiempo.

El coche con que raptaron a Karin había estado, sin duda, cerca de las muestras de Lydnium robadas. Eso explicaba que dejase las huellas cobrizas en el suelo. Sus neumáticos habían recogido los residuos minerales y los iban dejando por el camino. Era un trazo muy débil. Pero existía.

Sólo confiaba en que el asfalto de la carretera no disolviese tal 4rastro, al ser recorrido por tantos vehículos. Puso el coche en marcha, entró en la ruta y proyectó los infrarrojos sobre el asfalto mientras la luz normal alumbraba la ancha cinta asfaltada a través de la campiña.

El rastro continuaba, aunque muy débil y espaciado. A veces desaparecía totalmente, para reaparecer algo más adelante con renovada intensidad. El vehículo conducido por Ben se fue aproximando a la ciudad. Pero antes de entrar en el casco urbano de la misma, un desvío a su derecha reveló la existencia de rastros luminosos en su acceso.

Ben pestañeó. El coche que buscaba no se había introducido en la ciudad, donde la búsqueda del rastro hubiera sido virtualmente imposible. Se desvió hacia aquella carretera secundaria, en cuyo cruce se leía en un indicador:

Zona residencial ARGOS. Fincas y terrenos en venta.

Maddox sonrió duramente. Eso estaba mejor. Ya empezaba a tener una pista. Quizás aquella zona residencial fuese el cuartel general del. enemigo.

Pensó en utilizar el radioteléfono, pero era peligroso si el adversario estaba próximo, porque podían tener establecidos una serie de controles para detectar cualquier presencia alarmante.

Optó por seguir adelante sin otros recursos que los suyos propios. En el asfalto, ahora, el rastro luminoso era mucho más visible para su

pupila electrónica acoplada a la luz infrarroja.

De repente, e! rastro terminó.

Ben redujo la marcha. Miró ante sí, a lo que los faros alumbraban.

Era una cerca de madera, con el nombre de la zona residencial escrito en grandes caracteres. Se anunciaba la venta de terrenos y de casas, pero fijaba un horario muy limitado para información y ventas: los viernes, de tres a seis de la tarde.

Estaba seguro de que aquella gente no vendía finca alguna. Todo eso era una tapadera para ocultar algo muy importante y amplio. Una supuesta zona residencial que no sería sino el cuartel general de una poderosa organización criminal, quizás internacional, establecida en los Estados Unidos, no lejos de la base del Gobierno.

En la alta cerca debía de haber un portón por ti que pasaban los vehículos a! interior. Lo buscó Ben con la mirada, sin hallarlo, y entonces recurrió a situar su ojo electrónico en el punto de rayos X.

Taladrada la alta madera cubierta de letras gigantes por la visual del hombre biónico, éste pudo descubrir vehículos y alambradas, torres metálicas y otros cuerpos al otro lado de la valla. De todo menos fincas y parcelas para vender, ciertamente.

Ahora ya estaba seguro. Había llegado al refugio de los Criminales. Estaba también convenciéndose de otra cosa, gracias a la visual de rayos X.

Al otro lado de la cerca, detectores electrónicos emitían parpadeos de luz, señalando la alarma. Sin duda, la proximidad del vehículo había disparado los mecanismos de seguridad. No tardaría en llegar gente para averiguar qué sucedía fuera de la zona supuestamente residencial.

Ben hizo retroceder al coche, como si hubiera sido un automovilista equivocado que volvía a la carretera general. Se alejó lo suficiente, y luego viró, saliendo de la cinta asfaltada para meterse con rapidez entre los árboles y matorrales. Una vez allí, paró el motor y apagó las luces, permaneciendo quieto dentro del vehículo.

Por la carretera secundaria no tardó en oírse el motor de una motocicleta. Pasó alguien con casco azul brillante montado en el vehículo de dos ruedas, iba escudriñándolo iodo, hasta que llegó a la carretera. Desde allí, regresó, a! parecer satisfecho.

Ben sonrió en la oscuridad. Se habla salido con la suya. Aquel explorador informaría de que el automovilista, sin duda confundido, había regresado a la ruta general, alejándose sin más.

Bajó del coche cautelosamente, sin hacer ruido alguno. Buscó en un compartimento secreto y extrajo un potente rifle moderno de largo alcance, una pistola automática y una lámpara de infrarrojos.

Después, regresó junto al tablier. Tenía que correr el riesgo. Por muy androide que fuese, ahora, no podía enfrentarse solo a todo un grupo, quizás numeroso, de hombres peligrosísimos y capaces de todo en su propia madriguera.

Comunicó por radioteléfono con la base. Plummer se puso al otro lado. Ben le informó con rapidez. Le dio los datos precisos para que localizasen el lugar exacto y cerró la comunicación .

Como temía, la llamada había sido detectada, aunque quizás no escuchada. El radioteléfono del coche había despertado el alerta. De nuevo se abrían las puertas escondidas en la madera de la alta tapia. Un vehículo provisto de una antena especial detectora, salía a la carretera secundaria, en busca del punto de origen de Ia llamada. Dentro del vehículo, se veían brillar las armas.

Ben encajó fieramente las mandíbulas. Había contado con ello. Y tenía un procedimiento para comenzar el exterminio de adversarios.

Accionó en determinado punto del tablier lo que parecía ser un simple receptor de radio. Puso la sinfonía en una determinada cifra. Nadie sospecharía de eso.

Y, sin embargo, acababa de poner en marcha un infernal mecanismo destructor. El coche, convertido en una auténtica bomba rodante, tardaría ahora muy poco en estallar en mil pedazos, asolando todo a su alrededor. Apenas lo tocase alguien. El simple contacto con la carrocería, repleta de electrodos sensibles, conectados ahora al explosivo interno, haría estallar el vehículo con cuanto lo rodease.

Ben se alejó agazapado entre los matorrales, con la pistola y la linterna guardadas en sus ropas, y el rifle en las manos. Corrió hacia la tapia, y se situó junto a la puerta de la misma, pegado a la madera, en la zona más oscura.

El coche detector de ondas de radio había alcanzado el punto donde estaba su viejo coche. No vacilaba en su marcha. Sin duda había localizado con total exactitud el escondrijo del vehículo. Se

detuvo entre la arboleda. De sus portezuelas abiertas saltaron hasta cinco hombres armados de metralletas ligeras. Caminaron hacia el coche abandonado.

Esperó, en tensión. En cuanto intentasen abrir la portezuela, ocurriría.

Y ocurrió.

Fue un estallido formidable, devastador. Un huracán de fuego y humo brotó del bosquecillo. Los dos vehículos saltaron en mil pedazos, al incendiarse el combustible del otro coche. Los cuerpos de los hombres armados debieron ser proyectados contra las copas de los árboles, desgajados por la explosión.

Por contraste, reinó luego un profundo silencio en el lugar, sólo roto por el crepitar de la hojarasca incendiada. Detrás de la valla hubo conmoción. Ben escuchó con nitidez el funcionamiento de vehículos y sordas imprecaciones en voces humanas alteradas por el sobresalto.

Ben Maddox se mantuvo quieto cuando se abrieron las puertas de nuevo, vomitando en esta ocasión hasta cuatro coches repletos de hombres armados, y escoltados por otros tantos motoristas igualmente provistos de fusiles ametralladores. Se alejaron hacia la zona de la explosión, cercándola, mientras hablaban entre sí en lengua extranjera.

Una lengua que Ben comprendió perfectamente. Su sonrisa se hizo dura y cruel. Ahora sabía algo más. Después de todo, se trataba de una organización extranjera, una potencia dispuesta a apoderarse del nuevo mineral energético al precio que fuese.

Las puertas de la zona quedaron abiertas esta vez, aunque con una patrulla armada controlándola. Eran cinco hombres con metralleta y uniformes paramilitares, de color verde oscuro y brillante correaje. Un emblema, sobre sus pechos y cascos de metal, terminaba por confirmar la nacionalidad e ideología de los espías.

Ben Maddox no vaciló.

Saltó de la zona de sombras, fusil en ristre, y comenzó a disparar. Abatió a tres de ellos antes de que ninguno pudiera reaccionar. Los disparos de su poderoso y rápido rifle se confundieron con los gritos de agonía de sus adversarios. Los dos supervivientes alzaron sus fusiles ametralladores. Ben se lanzó en una ágil zambullida tras la

cuneta, y las balas pasaron en crepitante rociada sobre su cabeza. Desde el suelo, hizo fuego dos veces con su potente rifle. Los dos hombres cayeron, emitiendo chillidos de dolor.

Ben corrió hasta ellos, y tomó un fusil ametrallador de uno de ¡os muertos, precipitándose luego al oscuro interior de la zona residencial.

De algún punto, en una ladera boscosa, surgieron disparos, y los fogonazos llamearon con luz anaranjada en la oscuridad. Las balas silbaron lejos de él.

Maddox tiró su rifle, optando por la ligereza y rapidez del fusil ametrallador enemigo, y lo empuñó con su diestra, mientras la zurda tomaba la lámpara infrarroja y, tras acoplar la visión de su ojo izquierdo, proyectaba la invisible luz en derredor, para orientarse en ¡a oscuridad mejor que sus enemigos.

En el bosquecillo exterior se oían voces de alarma y ronquido de motores. Al oír los disparos, era evidente que la patrulla regresaría con rapidez para reforzar la defensa de su refugio secreto.

La luz infrarroja reveló la presencia de dos hombres vestidos de oscuro y armados con revólveres, a la puerta de un edificio donde se leía en grandes caracteres:

Oficinas de información y venta.

Agazapado, corrió en esa dirección. Detrás de las ventanas cegadas, se vislumbraba luz, lo mismo que por la rendija de la puerta. Los dos hombres miraban en derredor, buscando al intruso. Hablaban entre sí en el mismo lenguaje extranjero. Pero uno de ellos, al menos, era norteamericano, y su acento resultaba defectuoso.

Pudo escucharles, tan cerca estaba de ellos. Le habían dado datos de diversos idiomas al reproducir su memoria artificialmente, y ello le sirvió para entender bastantes cosas de las que hablaban los desconocidos.

—¿Qué es lo que puede ocurrir? —preguntaba uno.

—Parece ser un intruso. Tal vez varios. Si han descubierto este refugio, será preciso abandonarlo por otro mejor. Lástima...

—¿Preparamos todo para evacuar?

—Sí, en seguida. Puede ser un ataque en toda regla.

Se metieron dentro de Ía casa. Ben Maddox siguió adelante, hasta llegar ante la puerta cerrada. No se anduvo con rodeos. Sí Karin estaba allí, con vida todavía, podía peligrar si sus raptores evacuaban su refugio.

Asestó el fusil ametrallador contra la cerradura, y abrió fuego. Crepitó el arma furiosamente, y la cerradura se hizo añicos. La puerta, astillada, cedió ante el patadón formidable que descargó Ben con su pierna reconstruida de músculos plásticos, capaces de desarrollar triple energía de la normal, gracias al microordenador correspondiente.

En el interior, dos revólveres abrieron fuego sobre él. Ben saltó a un lado, esperando que las balas zumbaran cruzando la puerta. Luego, asomó con rapidez y abrió fuego con su metralleta, barriendo a los dos hombres de una sola ráfaga. Vio caer sus cuerpos, acribillados, sin sentir la menor compasión por ellos.

A sus espaldas, los vehículos desplazados al exterior, así como los motoristas armados, regresaban a toda prisa para controlar la situación. No parecía haber más personal dentro de Ía madriguera.

Ben corrió al fondo de la casa, saltó sobre los cadáveres, y penetró, en una habitación bien iluminada. Allí había bebidas, café, libros, un televisor y un aparato de radio, así como teléfono y una pequeña emisora de radio de onda corla.

No había nadie, salvo los dos hombres acribillados en el corredor. Ben buscó por doquier algún rastro de Karin, sin encontrarlo. Su zozobra aumentó.

Al fondo había una puerta cerrada. Se encaminó a ella, tratando de abrirla. Se resistía. Aplicó la metralleta a la cerradura e hizo un solo disparo. Desgajó el metal y la madera, cargó contra ella y la abrió.

Se paró en seco en el umbral. Miró a la única persona ocupante de la estancia.

Ya la había encontrado.

Allí estaba Karin, su esposa.

Sólo que estaba muerta. Con dos disparos en el pecho y uno de gracia en la sien. Atada a una silla, colgando su cabeza de la que

había fluido la sangre, ahora seca.

Llevaba así al menos tres o cuatro horas. Cuando voló el bungalow, dándose por muerto a Ben Maddox, debieron ejecutarla brutalmente, cumpliendo órdenes.

Fuera, sonaron motores de helicópteros y vehículos militares. rodeando. la zona. Empezó el rabioso tableteo de disparos.

Ben. dejó caer sus brazos, desolado. Se aproximó a Karin; La miró largamente, en silencio.

—Karin, pobre esposa mía… —murmuró roncamente—. Esos asesinos pagarán este crimen. Lo juro. No descansaré hasta acabar con el último de ellos, con quien dio esta salvaje orden asesina… Karin, mi pequeña y desdichada Karin…

Y el hombre biónico, el hombre que tenía parte de su organismo reconstruido en plástico y metal, lloró ante el cuerpo de su esposa como Hora cualquier hombre normal, en un momento de gran dolor.

CAPITULO VII

El funeral había terminado.

Ben Maddox se retiró en silencio de la fosa recién abierta donde yacía ahora Karin Maddox. Estaba pálido, demudado. Sus verdes ojos ensombrecidos miraban al suelo.

Shelby Marlowe iba a su lado. Le acompañaban también ti coronel Plummer, Kelly Lorrimer, los astronautas Irwin Salk, Jeff Slattery Eddy Bolton, la profesora en química Priscilla Hawks y Scott Bixby, jefe de Seguridad de la base.

Todos le estrecharon Ía mano en silencio. Shelby le dio un fuerte abrazo. Ben miró a todos como si no los viese. Escuchó condolencias amargas:

—Animo, Ben —dijo Shelby—. La vida sigue, muchacho…

—No sé qué decirle, amigo —fue cuanto atinó a pronunciar el

corone! Plummer.

—Lo intentó usted todo.. Sólo la crueldad de esa gente pudo evitar que la rescatase a tiempo —musitó Lorrimer.

—Ben, amigo mío, ojalá hubiese sido yo la persona a quien rescatase difunta y no a su esposa… —se expresó emocionadamente el comandante Irwin Salk.

—Valor, Ben —le alentó el pelirrojo Jeff Slattery—. Es preciso rehacerse.

—Yo… yo… —y Eddy Bolton, el astronauta de color, tragó saliva, sin añadir más.

—Lo siento, Maddox. Lo siento mucho. Si en algo puedo ayudarle, cuente conmigo.

Era ella. Priscilla Hawks, quien le hablaba así. En sus claros ojos había dolor. Y emoción en su pálido y bello rostro. Ben trató de dirigirle una amarga sonrisa, pero no tuvo demasiado éxito.

—Gracias a todos —sólo atinó a decir. Se irguió, apretando sus mandíbulas de tal modo que crujieron sordamente al encajarse—. Pero olvidaré el dolor enseguida. Sólo deseo algo para pensar. Algo que tengo que hacer aún.

—¿Qué es, Ben? —quiso saber su amigo Marlowe.

—Vengar a Karin.

—No será una venganza, sino un acto de justicia —rectificó Salk, afirmando con la cabe/a—. Pero creo que ya está todo hecho…

—No, comandante. Todo, no.

—¿No ha caído esa organización extranjera?

—Sí, ha caído. Esa célula enemiga ha sido desarticulada casi totalmente.

—¿Casi? —se sorprendió Slattery, rascándose sus rojos cabellos con perplejidad—. Creí que habían muerto más de quince hombres y habían sido capturados con vida los restantes miembros del grupo…

—Y es cierto. Pero falta el más importante.

—¿Quién?

—El jefe. Una voz en un teléfono. Es lo que dicen todos.

—Al jefe nadie lo ha visto nunca —explicó pausadamente Lorrimer —. Los interrogados coinciden: era informado telefónicamente a un número determinado. O llamaba él personalmente al escondrijo de la organización. Ese número de teléfono corresponde a un lugar aislado, no lejos de nuestras áreas restringidas. Pero no había nadie allí. Ni huellas de persona alguna. Su ocupante, sin duda, usaba siempre guantes, incluso al tomar el teléfono.

—¿Existe alguna sospecha sobre su posible identidad? —preguntó la profesora Hawks con curiosidad.

—Que yo sepa, no —negó Lorrimer con pesar—. No sabemos de él nada en absoluto. Podría ser cualquiera.

—Y evidentemente, alguien muy relacionado con asuntos del Gobierno —apoyó ceñudo el coronel—. Sabía cómo burlar los controles, cómo introducir agentes suyos entre nosotros...

. —Mi teoría es que quizás yo mismo hable con el jefe cuando descubrí algo relacionado con este asumo antes de sufrir el atentado —dijo Maddox lentamente—. Y él dispuso la trampa mortal para silenciarme. Es la misma persona que ordenó matar a Karin, mi esposa. La que ordenó poner el explosivo) en mi vivienda, la que me envió a una doncella dispuesta a matar y la que introdujo a una envenenadora en el Centro de Investigación Espacial. En suma, alguien de dentro. Quizás una persona a quien todos conocemos y de quien nos fiamos ciegamente.

Todos los presentes en el funeral se miraron entre si, como si de repente empezara cada uno a recelar del otro. Maddox remachó con voz sorda:

—Esa persona es la que va a pagar su horrible crimen. Sea como sea, descubriré quién es. Yo lo sabré. Y no tendré piedad, como ella tampoco la tuvo de Karin.

Su tono de voz era tan frío, tan duro y afilado, que todos se estremecieron. Era evidente que Ben Maddox dedicaría desde ahora toda su vida a buscar al hombre que dirigía la célula criminal de espías extranjeros dispuestos a robar a los Estados Unidos el secreto de la obtención de la nueva fuente de energía. El hombre que daba las órdenes por teléfono, sin dar nunca la cara, sin saberse nada de su

identidad real.

Salieron del cementerio. Ben subió a un coche con su amigo Marlowe. Priscilla Hawks se aproximó a ellos.

—Preferiría ir con ustedes, si van de puso por el Centro de Investigación —dijo.

—Sí, podemos dejarla allí, profesora —asintió Marlowe—. Suba, por favor.

Shelby se puso al volante. Detrás se sentaron Ben y la profesora. Ella se mantuvo callada durante unos minutos, mientras avanzaban por la carretera, dejando atrás el pequeño cementerio. Miró en una o dos ocasiones de soslayo a! sombrío Maddox.'

—¿Cómo piensa encontrar a ese hombre? —preguntó de repente.

—¿Eh? —parpadeó Ben, sorprendido, mirándola—. ¿A quién?

—Al cerebro de; la organización. Al jefe misterioso.

—Oh, eso... —se encogió de hombros, con un destello helado en sus pupilas—. No sé cómo, pero lo conseguiré. Estoy seguro de ello.

—Yo también —afirmó ella inesperadamente.

—¿Usted? —ahora Ben la contempló con cierto interés—. ¿Por qué?

—Porque creo lo que dice. Es usted un hombre que cumple lo que promete. Tiene una especial intuición para las cosas. He sabido lo del explosivo en su casa. Y la forma que tuvo de descubrir el refugio secreto de esos asesinos. Es usted increíble, Maddox.

—Pero no pude salvar a mi esposa. Ni sé dónde buscar a su asesino.

—Tal vez no esté lejos.

—¿Eh? —Ben dio un respingo—. ¿Qué quiere decir?

—Les he pedido venir con ustedes en este coche porque quería hablarle de algo, Maddox\.

—¿De qué?

—De un merodeador en mi laboratorio.

—¿Un merodeador? —repitió Ben, en tensión—. ¿A qué se refiere, profesora?

—Sucedió anteanoche, mientras usted vivía esas horribles experiencias en la base y en el refugio de esos espías. Alguien entró en mi laboratorio y registró mis pertenencias, llevándose mis apuntes sobre ciertos análisis y pruebas del Lydnium.

—¿Ha denunciado ya el hecho?

—No. No lo hice aún.

—¿Por qué no? Puede ser grave…

—Es grave —los claros ojos de Priscilla Hawks le miraron penetrantes—. He encontrado la forma de tratar ciertas rocas basálticas muy abundantes en Dakota del Sur, con un compuesto químico similar al de parte de ese mineral venusiano. Y el resultado ha sido espectacular: creo que he conseguido el Lydnium sintético.

—Cielos… —Marlowe se volvió, mirándola con asombro y admiración—. Eso puede cambiar la fa? del mundo, profesora.

—Sí, pero puede cambiarla para mal —advirtió ella, sombría—. Piense que ahora alguien tiene esa fórmula. Yo no la necesito porque la tengo bien grabada en mi mente. Pero el ladrón tiene el original y puede experimentar logrando ese mineral sintético.

—¿Cómo pudo saber el ladrón lo que ocurría, Ía existencia de su hallazgo?

—Eso es lo que me sorprende. Sólo una persona estaba conmigo cuando lo logré.

—¿Quién? —indagó con avidez Ben Maddox.

—Jeff Slattery.

—¿El astronauta pelirrojo?

—El mismo. Le hice prometer que no diría nada a nadie. Era «top secret». Me lo juró. Y sé que es un hombre discreto. Nadie en la base parece saber nada aún. Tengo que estar segura todavía de ciertos puntos de mi trabajo, pero podría asegurar que lo he logrado virtualmente. Y Slattery lo sabe.

—Entonces… Slattery puede ser la voz del teléfono —dijo Maddox,

ceñudo.

—Parece tan inofensivo… —comentó Marlowe, perplejo su gesto.

—Quien dirige esta operación, no parece en absoluto un criminal, Shelby, de eso estoy bien seguro. Ha de ser alguien con facilidad para maniobrar sin despertar sospechas. Recuerda que alguien raptó al comandante Irwin Salk, jefe del vuelo a Venus, por causas que aún ignoramos, y que ese mismo alguien hizo matar u Norman Davis, cuarto miembro de la tripulación de! Galaxia-5 por motivos también misteriosos. Slattery puede responder a ciertas preguntas, tal vez.

—Tendríamos que probarlo sin lugar a dudas, o nunca hablará —objetó Ia profesora.

—Tengo una idea —dijo sordamente Ben, sin dejar (Je reflexionar.

—Adelante con ella —le invitó Frísenla Hawks—. Confió en su ingenio.

—Gracias. No sé si resultará, pero escuche…

Comenzó a hablar a medio tono. Ella asintió repetidas veces. Momentos más tarde, la profesora Hawks descendía del vehículo ante el acceso al área vallada del Centro.de investigación espacial de la NASA, y se despedía de ellos, entrando en el recinto.

Sólo poco más, tarde, el coche que conducía a los tres astronautas que viajaran a Venus llegaba ante la misma puerta, presentando sus credenciales para entrar en el recinto.

Pasaron los rigurosos controles existentes, y las verjas se cenaron electrónicamente, una vez todos en el interior.

Hasta entrada la noche, no se presentó visitante alguno en el Centro. A las nueve y media, un vehículo se detuvo ante la verja, y alguien se identificó ante la patrulla de policía militar.

Esta comprobó minuciosamente la identificación del visitante y se le franqueó el paso, a pesar de que a aquellas horas, nadie podía entrar en el Centro bajo pretexto alguno.

CAPITULO VIII

—Esta vez, sí. Lo he logrado, señores.

Los astronautas, que comían junto a Ia mesa de Ia profesora Hawks en el restaurante del Centro, la miraron asombrados.

Ella acababa de descender a cenar, cuando casi iban a cerrar ya el comedor, y traía en su rostro una mezcla de cansancio y emoción. Sus ojos brillaban, resplandecientes.

— ¿Ha logrado el qué? —parpadeó Slattery asombrado.

—Lo que buscaba —respiró hondo, complacida, y alzó una lata de cerveza. Ellos sabían que Ia profesora no-acostumbraba beber nada alcohólico con la comida—. Brindo por. el éxito alcanzado.

—¿Se refiere a lo que investigaba sobre esas piedras de Venus? —indagó el comandante Salk.

—Sí, a eso me refiero. Ya no es preciso guardar más el secreto. He logrado terminar la fórmula. Es un éxito. Está comprobado.

—Pero... pero yo creía que ya lo había usted conseguido antes... —balbuceó Slattery, frotándose sus cabellos rojos en su habitual gesto instintivo.

—Oh, ¿se refiere a lo del otro día? —movió negativamente la cabeza—. No, no era válido. Tuve un error importante que hizo fallar la fórmula. Por suerte me he dado cuenta a tiempo, antes de hacer invertir inútilmente al Gobierno un montón de millones. Ahora es distinto. Ya es definitivo. Nuestro país, señores, dispondrá de nueva energía, poderosa y barata, asegurando así el futuro de Ia Humanidad.

—Eso es un verdadero milagro, profesora —ponderó e! negro Eddy Bolton—. Ganará usted el Nobel de Química,

seguro.

—Eso me importa poco —sonrió Priscilla Hawks—. Lo verdaderamente importante es que he servido a mi país y la utilización de esa energía nueva será para fines pacíficos y de progreso.

—¿Ha informado al Gobierno de ese éxito? —preguntó Salk

—No, comandante, lo haré mañana mismo. Estoy demasiado

cansada para nada más. Voy a acostarme y esperar hasta mañana para hacer pública la gran noticia. De momento, ustedes son ¡os primeros en saberla. Y ¡os únicos por ahora. No es que sea preciso ya guardar un secreto absoluto, pero será mejor que no digan nada hasta que yo dé mi informe oficial.

—Esté seguro de ello, profesora —prometió e! comandante Salk—. Tiene nuestra palabra de que no nos anticiparemos al anuncio que le corresponde hacer a usted. Pero reciba nuestra más cordial felicitación.

—Gracias, amigos míos —sonrió radiante, apartando la bandeja de los alimentos—. Ni siquiera tengo apetito hoy. Debe ser la emoción. Buenas noches a todos.

Los astronautas la despidieron y la profesora se encaminó a través de la amplia plaza central en dirección a los alojamientos de personal del Centro. Los astronautas se miraron entre sí.

—Al parecer, ha valido la pena viajar a Venus, ¿eh, comandante? —sonrió Bolton.

—Sí, creo que ha sido un viaje fructífero —corroboró su jefe de vuelo—, Lástima que nuestro camarada Davis no pueda disfrutar también de este momento...

* * *

Los laboratorios estaban totalmente a oscuras, excepto por la claridad de las luces del recinto vallado, que entraba por los amplios ventanales. Solamente objetos de vidrio o metal brillaban en las mesas y bancos de trabajo, y el silencio era absoluto en el recinto.

La sombra humana se materializó en un extremo del laboratorio, al abrirse cautelosamente una puertecilla, sin que llegase a funcionar Ía alarma electrónica dispuesta para evitar intrusiones.

Pasos sigilosos, apagados, sonaron en la quietud del desierto recinto. La sombra se desplazó con rapidez por entre los muebles y objetos, sin derribar ninguno, en dirección a un determinado lugar que parecía conocer muy bien.

Llegó al laboratorio personal de la doctora Hawks. Se inclinó sobre la mesa. Unas manos enguantadas se deslizaron por entre los objetos de trabajo y el material dispuesto en la mesa, hasta detenerse sobre una serie de papeles repletos de anotaciones, fórmulas y datos.

Unos ojos escudriñadores se fijaron en esos apuntes. Una risita baja, sibilante, sonó en la oscuridad. La mano se cerró, como una negra garra, encima de Ia fórmula. La tomó, llevándosela a un bolsillo, y se dispuso a abandonar el laboratorio.

En ese instante, se iluminó Ia sala súbitamente.

La brillante luz se derramó sobre los blancos muebles, el material de laboratorio y las grandes vidrieras. El intruso lanzó una sorda imprecación de rabia y de sorpresa, y se revolvió, furibundo, encarándose con el hombre que acababa de manipular el interruptor.

—¡Ben Maddox! —rugió con voz colérica y descompuesta.

— ¡Usted!

—Buenas noches, *comandante Salk* —saludó fríamente Ben—. ¿De modo que era usted? Un veterano héroe del espacio, un hombre condecorado por el Congreso, un patriota de toda Ia vida... ¡es el jefe del grupo de espías y asesinos al servicio de una potencia enemiga!

Una expresión maligna asomó al rostro tenso del comandante Irwin Salk, jefe de la expedición espacial a Venus. Su mano enguantada se movía cautelosamente hacia los bolsillos de su mono de astronauta, con el emblema de la NASA y la bandera de los Estados Unidos encima de su pecho.

—Al fin me ha desenmascarado, Maddox —jadeó—. Le felicito. Ha sido una trampa muy astuta, evidente. Pero no va a conseguir nada con ella. Si he de morir, moriremos los dos. Usted tampoco saldrá vivo de aquí, se lo garantizo.

—¿Tanto me odia? ¿Lo suficiente para ordenar asesinar a mi esposa cuando ya me creía usted muerto?

—No le odio. Deseo destruir al peor enemigo de quienes trabajan conmigo. Vendrán otros hombres como yo y conseguirán lo que yo no he conseguido. Eso me bastará. Y para ello hará falta que usted, Ben Maddox, desaparezca de una vez. Es demasiado peligroso para seguir con vida...

Y rápido, hundió la mano en su bolsillo, buscando algo.

Ben fue más rápido que él. Desenfundó una automática y disparó sobre Salk sin vacilar un momento.

La bala se incrustó en el corazón del astronauta. Marcó un redondo y limpio orificio sobre la bandera americana y el emblema de la NASA.

¡Pero Irwin Salk ni siquiera se tambaleó o acusó el mortal impacto!

Seguía sonriendo, mirándole sin emoción alguna, con una frialdad desconcertante. Su mano había extraído del bolsillo un pequeño disco de material plástico, que esgrimió sonriente, ante el desconcertado Maddox.

—¿Ve? —dijo—. Este simple objeto nos enviará a los dos al infierno ahora mismo. Como habrá observado, soy invulnerable a sus proyectiles, Maddox.

Ben parpadeó, más por nerviosismo que por desear cambiar de visual en su ojo izquierdo, aunque le intrigaba ver lo que ocultaba el disco que sostenía aquel desconcertante hombre que no moría con el corazón agujereado.

Pero conectó los rayos X de su microreceptor y pudo descubrir dentro del disco plástico los filamentos de un diminuto artefacto explosivo de gran potencia.

¡Y también pudo descubrir entonces, gracias a su visión de rayos X, que Irwin Salk NO ERA HUMANO!

Bajo aquella falsa piel y carne humanas, su visión había penetrado hasta sus tejidos de metal, su interior artificia! de pies a cabeza...

¡Irwin Salk era un androide completo, un robot de apariencia. humana!

CAPITULO IX

—Un androide... —jadeó.

—¿Ya lo ha descubierto? —se sorprendió Irwin Salk—. En efecto, un androide. El verdadero Irwin Salk murió cuando fue secuestrado. Hubo que sacrificarlo, y yo ocupé su lugar. Nunca nadie notó nada. Soy una perfecta copia de laboratorio de un ser humano, con un cerebro electrónico muy sofisticado... y me dirigen y dan órdenes a distancia, sin que nadie pueda interceptarlas.

—Es un simple robot, un elemento artificial que recibe órdenes ajenas de personas situadas fuera de! país, posiblemente de estadistas importantes...

—En efecto. Por eso soy invencible. Cuando esto estalle, seré un montón de plástico y chatarra. Otro será enviado en mi puesto, supliendo a alguien. Poseemos una envoltura refractaria a cualquier detector de metales o de artificios, por eso nadie puede descubrir nuestro secreto.

—Yo sí —dijo Bert Maddox con dureza—. También soy androide en parte. Mis ojos pueden taladrar esa envoltura plástica. Ahora veo sus organismos metálicos, sus circuitos, sus cables y electrodos...

—Vaya... —retrocedió Salk un paso, sorprendido—. Ahora entiendo muchas cosas... Un hombre biónico, ¿eh, Maddox?

—Algo así. De modo que por eso le secuestraron. Al verdadero Salk, me refiero. Le asesinaron... y yo sólo rescaté a un duplicado, a una marioneta electrónica que ha venido para montar un tinglado criminal del extranjero... Luego, Davis descubrió algo raro en ese duplicado y hubo que matarle, ¿no?

— Davis era un tipo raro. Sufría cierta alergia a los plásticos. Notó que yo era de plástico y le producía esa alergia. Tuve que matarle...

—Y yo supe eso por Davis, antes de morir. ¿No es así?

—En efecto. Para no tener memoria, es muy inteligente, Maddox. Davis le envió un mensaje, no sé cómo diablos diciéndole que yo era de plástico, que era un robot. Usted recibió el mensaje e iba a comprobarlo cuando yo lo averigüé y dispuse el atentado. Sólo resultó en parte, a lo que veo, y usted fue recompuesto por medios biónicos. Muy inteligente truco. Nos engañó a todos. Emitiré información suficiente a mis superiores en... Bueno, ya sabe usted dónde, Maddox. Luego, moriremos los dos. Vea, ya se aproximan hacia acá las patrullas militares, al ver luz en el laboratorio. Pero llegarán tarde.

—¿Cómo va a hacer explosionar ese objeto? -—preguntó Ben,

señalando el disco de plástico con su microcarga interior de explosivo concentrado.

—Muy sencillo —sonrió el falso ser humano enfrentado a Ben Maddox—. Bastará con apretarlo entre mis dedos. Reventará todo, y nosotros con ello. Es lo bastante potente para arrasar este laboratorio de extremo a extremo.

—Quizás, maldito muñeco sin alma. ¡Pero no para romper el material de que está hecho mi brazo artificial! ¡Es una aleación indestructible y refractaria a las más elevadas temperaturas o a grandes explosiones!

Y, rápido, alargó su mano de plástico, la zurda, cerrándola enérgicamente sobre la del falso Irwin Salk, que cerraba a su vez sus propios dedos en ese momento para detonar el explosivo.

En realidad, Ben no sabía si su brazo, pese a ser indestructible e inalterable, resistiría una prueba así, pero no tenía otra salida para intentar salvarse.

Estalló aquel disco en la mano del otro. Desgarró el plástico que formaba la piel y carne de Irwin Salk, produciendo dentro de él miríadas de chisporroteos, quemaduras y estallidos de circuitos. Ben notó como su cuerpo todo temblaba, cómo, pese a su poderosa aleación, su mano y brazo se desgarraban y derretían, saltando en pedazos los circuitos y microordenadores de su prótesis, pero la explosión se quedó contenida, ahogada, reventando solamente a su provocador, y lanzando luego violentamente a Ben Maddox contra la pared, convertido su brazo zurdo en un guiñapo de plástico derretido y desgarrado, metales retorcidos y colgantes, cables abrasados.

Contempló, aturdido, el cuerpo maltrecho de Salk, desmoronándose como un maniquí calcinado, ardiendo los circuitos de su cerebro hasta vaciarse sus ojos y brotar por ellos chispazos azules y nubes de humo acre.

Quedóse en el suelo, jadeante, convulso, mientras corrían los soldados de las patrullas hacia el laboratorio. Con ellos entró la profesora Priscilla Hawks, que contempló asombrada la escena.

Maddox no pudo ocultar su brazo destruido, que ella miró estupefacta con la incredulidad en el rostro. Luego, un destello de inteligencia asomó a sus ojos, en tanto los soldados armados rodeaban a ambos luchadores sin parecer entender gran cosa de todo aquello.

—Era eso... —murmuró Priscilla—. Debí sospecharlo, Maddox, es usted... Es usted... un hombre biónico.

—Sí, pero no como él —señaló al doble del comandante Salk—. Era un simple robot casi perfecto. Una máquina de recibir órdenes y de matar por encargo. Yo... yo sólo tengo ciertas prótesis en mi cuerpo, destrozado por una explosión.

—Entiendo. Y ahora, otra explosión estuvo a punto de acabar con usted...

—Sí, profesora. Ese monstruo mecánico tenía un explosivo especial, tan pequeño como poderoso, para autodestruirse y destruirme también a mí. Por fortuna, mi material resistió —tuvo incluso humor para una amarga sonrisa—. No puedo negar, después de esto, que los materiales americanos son los mejores del mundo...

—Vamos, no se fatigue más ahora —le pidió la profesora—. Debe descansar. Enseguida le transportarán en una ambulancia...

Se inclinó junto a él, tratando de ayudarle. Ben retiró su brazo artificial con rapidez y embarazo.

—No, profesora, no, no vea esto. No es agradable.

—Vamos, vamos, Maddox, no diga tonterías. Es sólo una prótesis, ¿no? No tiene nada de repulsivo, créame. Le harán otra igual, y podrá seguir viviendo como cualquier otro. Y le aseguro que no sentiré por usted nada más que simpatía y afecto. Sea usted como sea por debajo de esa piel.

—Gracias, profesora, es usted muy amable conmigo...

—No, Ben. No soy amable. Sencillamente, me gusta usted. Me gustó desde el principio. Creo que estoy enamorada de usted. Eso no me había ocurrido nunca, lo confieso. No tengo esperanzas por ahora, porque sé lo que significó para usted la pérdida de su esposa, pero... el tiempo cicatriza todas las heridas. Sabré esperar, Ben Maddox. Y si un día usted se siente capaz de amar a otra mujer, tal vez esa otra pueda ser yo.

—Profesora, es usted hermosa y atractiva... Sería fácil amarla, pero ahora no sé, no estoy seguro de nada...

—No hable más, Ben. Llámeme Priscilla solamente. Y considéreme su amiga.. Solo eso... por ahora. Será suficiente, si usted quiere.

—Claro, Priscilla —sonrió, poniendo su mano real en el brazo de ella y mirándola a los ojos—. Amigos… por ahora.

Se sonrieron ambos. La ambulancia ya había llegado. Le tendieron en una camilla. Lorrimer y el coronel Plummer aparecieron en el laboratorio, puesto que habían sido llamados secretamente tras tenderse la trampa a Irwin Salk.

—Menos mal que sólo fue el brazo artificial esta vez, Ben Maddox —sonrió Lorrimer—. El doctor Shields ya tiene otro dispuesto hace tiempo… por lo que pudiera ocurrir.

—Perfecto —sonrió Ben—. A recomponer el muñeco. Nos veremos pronto, Priscilla.

—Sí, Ben —ella le vio partir hacia la ambulancia—. Eso espero…

FIN